



SS

**SERVICIO
SECRETO**

JOE MOGAR
**MUERTE PARA
UNA DAMISELA**

JOE MOGAR

**MUERTE
PARA UNA DAMISELA**

**1.ª EDICION
FEBRERO - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 1713 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 7211/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

687 — Raza condenada. 723 — El hombre de Los Angeles. 733 — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:

328 — Atraco en Wiley. 348 — Plomo bajo la piel. 393 Alias «Pistol Kendall».

En Colección SERVICIO SECRETO:

589 — La muñeca rubia. 592 — ¡Pórtate bien, querida! 596 — Buitres de Chicago.

En Colección CALIFORNIA:

147 — El hombre que compró Cheyenne. 167 — Un ranchero en apuros. 275 — La dama del puma.

En Colección TEXAS:

206 — La ruta de Santa Fe. 226 — El diablo a caballo. 245 — El sustituto del muerto.

En Colección COLORADO:

223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:

107 — ...Y el pistolero volvió. 146 — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

35 — Viento del sur. 39 — Dos tumbas en Cheyenne.

MUERTE para una DAMISELA

por
JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

Betty Morgan miró su reloj de pulsera y acabó la frase que estaba escribiendo. Se puso en pie, colocó la funda encima de la máquina sin quitar el papel del rodillo, sacó el bolso de uno de los cajones de la mesa-despacho, y de él un espejito.

Se miró unos instantes, y acabó por retocarse los labios con un poco de «rouge».

Hecho esto, Betty adelantó una de sus maravillosas piernas, puso el pie encima de una silla, se arregló las medias de fino nylon, procurando que las costuras quedaran bien rectas, se estiró la estrecha falda sobre los muslos, y, moviendo felinamente las caderas, abandonó la oficina.

Betty Morgan no era una chica del montón.

Era un portento.

Algo difícil de describir.

Algo definitivo.

Una de aquellas mujeres por las cuales uno, cien o mil hombres, pierden la cabeza.

Sus ojos tenían el brillo del jade. Se parecía a Marilyn Monroe, pero no en los ojos ni el pelo, a pesar de que también era rubia, sino en todo lo demás, que ya es bastante.

Sus piernas eran de campeonato. Como toda ella.

Betty, apenas salió de la oficina, alcanzó uno de los rápidos ascensores, bajó en él hasta la planta baja, saludó con un gesto de la mano al uniformado portero, y por fin se encontró en el centro de Madison Avenue.

Luego, con aquel paso felino y cadencioso que le era peculiar, anduvo hasta la primera bocacalle. Dobló la esquina y penetró en el bar de Michael Rivero; un mestizo que había hechos unos miles de dólares en tiempos de la prohibición.

Betty alcanzó el mostrador. Se subió a un taburete; la falda hizo

de las suyas, pero ella no hizo caso. Al contrario, pareció mirar complacida el brillo de los ojos de algunos clientes, cuando los clavaron en sus maravillosas y bien torneadas rodillas.

—¿Lo de siempre, *miss* Morgan?

Ella sonrió a Rivero, hombre alto y huesudo, de pelo gris, y de unos cuarenta y cinco años de edad.

—Sí. Gracias, Rivero.

—A usted, *miss* Morgan.

Se apartó y la dejó sola.

Betty pensó. Pensaba siempre que el trabajo la dejaba hacerlo. Y tenía motivos para ello.

Bebió el combinado que le sirvió Rivero, abandonó el taburete, como siempre, sin hacer caso de la falda, y caminó hacia la salida. Respiró.

A gusto. Completamente a gusto, ya que era sábado. Al día siguiente estaba libre. Libre para ir con él.

No es que estuviera enamorada, y dudaba de estarlo alguna vez. Al menos de Horacio Gale. No era su tipo. Pero Horacio era simpático.

Betty hizo parar un taxi, dio la dirección de su apartamento, y una hora más tarde estaba sentada en el «*living*», con un vaso de *whisky*, soda y unos cubitos de hielo en las manos.

Pensaba en Horacio, en su familia y en Ethel Lorrigan. Su amiga, su muy querida y entrañable amiga.

Siguió pensando en todo ello cuando se levantó después de consumir el cigarrillo para ir a su dormitorio. En él se desvistió y fue a la ducha.

Pero Betty Morgan no entró en ella. Vaciló unos segundos, que le parecieron eternos, lanzó un grito ahogado y retrocedió corriendo.

De nuevo en su dormitorio, Betty se vistió apresuradamente. Luego, despacio, como si le costara un esfuerzo hacerlo, regresó al lavabo... Con el maravilloso seno agitado de forma incontenible, miró al hombre tendido entre la puerta y la bañera.

Estaba muerto.

Con un balazo en medio de la sien, en cuyo centro se veía el negro orificio que dejó la bala a su paso.

Betty no le conocía. No le había visto en su vida. Pero el cadáver

estaba allí. Eso era indudable.

Pausadamente, venciendo la repugnancia y el terror que sentía, se acercó. Luego de examinarle detenidamente buscó en torno. No había ni rastro del arma que emplearon para matarle.

Pálida como un muerto, temblando, Betty retrocedió, cerró la puerta del cuarto de baño y regresó al «*living*» sintiendo que las rodillas se le doblaban.

Se acercó entonces al mueble-bar, cogió una botella de *whisky* y, sin usar vaso alguno, bebió ávidamente. La bebida la reconfortó un tanto, ya que la palidez de su rostro fue desapareciendo poco a poco.

Sin abandonar la botella empezó a hacerse preguntas.

¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo estaba en su apartamento, y, lo que era más extraño aún, cómo había logrado entrar?

¿Quién le mató? Porque la ausencia del arma hacía presumir un crimen y no un suicidio.

¿Por qué allí precisamente? En su apartamento. ¿Qué hacer?

Como un animal acorralado, así miró en torno. De nuevo, el terror volvía a hacer presa en ella.

¿Qué diría la policía cuando descubrieran el cadáver? ¿Quién creería en sus palabras cuando negara que conocía al muerto, que no le había visto nunca?

Sólo había un camino, el único viable por el momento: huir.

Pero no huir simplemente, sino abandonar el apartamento por unas horas. Internarse en Broadway. Y aturdirse con sus luces, con sus espectáculos, con el tráfico incesante de aquella Babel de locos.

Luego, tal vez regresar al «*living*» y entonces llamar a la policía.

Súbitamente Betty se dijo que no pensaba más que tonterías, cuando en aquellos momentos debía tener la cabeza bien sentada sobre los hombros.

—No, nada de policías.

Ocurriría lo que quería evitar. Verse mezclada en algo en lo que no tenía arte ni parte.

Pero había que salir de allí.

Bebió otro trago. Las mejillas se le encendieron.

Dejó la botella dentro del mueble-bar, lo cerró, y fue al dormitorio. Se arregló con sumo cuidado y entonces volvió sobre sus pasos, de nuevo hacia el lavabo.

No llegó a él, porque entonces vio la pistola.

Se detuvo sobresaltada. Luego, paso a paso, se acercó a la silla. Al alargar la mano y cogerla, Betty cometió la mayor imprudencia de su vida.

Pero no pensó nada, sino que el arma estaba allí, lejos de donde yacía el cadáver, cuidadosamente colocada encima de la silla, y ahora en sus manos.

Betty no era ducha en armas de fuego; por eso no sabía que entre sus dedos tenía una automática «Colt» calibre .38, de feo aspecto.

Repentinamente, como si por primera vez se diese cuenta de que aquélla era necesariamente el arma con la que habían asesinado a aquel desconocido, Betty lanzó un tenue grito y la dejó caer al suelo.

Acto seguido retrocedió corriendo, tomó el bolso, atravesó el «*living*», cerró a su espalda la puerta del apartamento y bajó en el ascensor.

CAPÍTULO II

Aquello solo era el principio.

Pero Betty no lo sabía.

No podía saberlo mientras deambulaba de un lado para otro, sin orden ni concierto, haciendo cábalas, decidida unas veces a largarse rápidamente a uno de los precintos del Departamento de Homicidios y contar el caso, y otras, dejar las cosas correr, sin salida posible.

No. La había.

De esto sí estaba segura Betty, mientras sacaba una entrada en uno de los múltiples espectáculos de Broadway.

Entró en él aparentando una tranquilidad y una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Se sentó en una de las butacas de primeras filas, pero no estuvo mucho tiempo allí. El recuerdo del cadáver encerrado en el cuarto, de baño volvía una y otra vez a su mente.

Media hora más tarde, Betty deambulaba por la Quinta Avenida. De un modo mecánico se detuvo ante uno de los escaparates, y miró la hora.

Las doce de la noche.

Habían transcurrido cuatro horas y media desde que encontrara aquel cadáver. Miró en torno.

¿En quién confiar?

En nadie. No tenía a nadie en quien hacerlo. Por otra parte, cuando se supiera aquello, perdería el empleo que tantos sudores la había costado conseguir.

Volvió a mirar a un lado y a otro.

Nada, nada ni nadie a no ser la policía.

Empezó a razonar.

Empezó a comprender que, más tarde o más temprano el cadáver sería descubierto en su apartamento y que la policía sabría

comprender.

Se decidió al fin.

Con pasos un tanto apresurados empezó a andar por el bordillo de la acera, con los ojos pendientes del intenso tráfico que abarrotaba la izquierda y la derecha de la amplia avenida, buscando un taxi libre.

Tuvo suerte ya que lo encontró cuando apenas si hacía diez minutos que lo buscaba.

Entró en el automóvil, cerró los ojos y, sin abrirlos, dio la dirección:

—Al precinto de policía más próximo.

El taxista debía de estar acostumbrado a ver y oír cosas raras, ya que no parpadeó ni pareció sorprendido de que una mujer de la calidad y clase de aquélla, prefiriera ir a un precinto de policía, en vez de estarse divirtiendo a lo grande en medio de Broadway.

Pero la vida es así. No es para tomarlo a broma.

Betty descendió frente al número cinco mil quinientos cuarenta de la Octava Avenida. Se apeó después de pagar la carrera, y acto seguido atravesó la calzada.

Minutos más tarde, estaba en presencia de un agente uniformado.

—Me llamo Betty Morgan —empezó sin más preámbulos—. Deseo hablar con el inspector.

El agente la miró de pies a cabeza y estuvo a punto de lanzar un silbido de admiración. ¡Lástima que estuviera de servicio!

—¿Qué inspector, *miss*?

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Uno cualquiera. ¡Qué más da!

El agente la miró ahora, pero con otro interés.

El puramente profesional.

—Dentro del precinto se encuentra el teniente Harrison, *miss* Morgan. Pero no sé si podrá recibirla. Está muy ocupado. Ha dicho que no se le moleste para nada. Si no es un asunto importante...

Betty lanzó una tenue y nerviosa carcajada.

—Vamos, agente —dijo—. ¡Avísele! ¿Le parece poco importante el hallazgo de un cadáver en mi propio apartamento?

—¿Asesinado?

—¡Qué sé yo! No soy policía.

Al parecer, Betty había perdido el miedo. Con los ojos brillantes, su voluntarioso y redondito mentón levantado en actitud desafiante, se enfrentó con el comisario.

—Avísele, ¿quiere?

El agente la miró con verdadero interés, también profesional.

Después del examen a que la sometió, dio una rápida media vuelta y la dejó sola. Una vez en el despacho del teniente Roy Harrison, y ante la presencia de éste, manifestó:

—Se trata de una loca, teniente. Muy hermosa y con un tipo de «wamp» de Hollywood. Dice que ha descubierto un hombre asesinado en su apartamento.

Harrison miró en silencio a su subordinado.

—Conque un cadáver, ¿eh? ¡Que pase!

Betty fue conducida a presencia del teniente Harrison. Parecía tranquila, pero no era así. Sentía y había sentido siempre un instintivo temor a la policía.

Miró al teniente Harrison, pensando que tal vez era demasiado joven para aquel cargo. Era el polo opuesto de la idea mental que de él se había forjado.

Roy Harrison era alto y musculoso, de unos treinta años de edad, rubio y ojos grises, con un rostro duro y enérgico.

Lo miró.

Lo mismo que un halcón.

Esto fue lo que dedujo Betty apenas entrar.

Luego ya no tuvo tiempo para más.

—Siéntese, *miss*. Ante todo dígame cómo se llama y cuál es su domicilio.

—Me llamo Betty Morgan. Vivo en el número cinco mil cero cinco de la calle cuarenta y nueve, decimoctavo piso, letra D.

Se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra. Harrison suspiró para sí y clavó los ojos en el tintero de una manera harto significativa.

—Tranquilícese y hable, *miss* Morgan —dijo suavemente.

Sin saber por qué, Betty intuyó que el teniente no la creía.

Empezó a contar todo lo ocurrido. Al acabar, vino la primera pregunta:

—¿A qué hora fue eso?

—Temprano —respondió—. Sobre las nueve o nueve y media.

No lo recuerdo con exactitud.

Harrison la miró con escepticismo antes de preguntar nuevamente:

—¿Cómo se retrasó tanto en venir, *miss* Morgan?

Betty descruzó sus portentosas piernas y el teniente de Homicidios parpadeó deslumbrado por un momento. Sus ojos, que había levantado para mirarla, volvieron a mirar el tintero.

—Comprenda, inspector...

—Teniente —atajó él suavemente—. Simplemente teniente.

—Bien. Comprenda, pues, teniente. Estaba aterrorizada. Estuve deambulando de un lado a otro durante horas. Incluso entré en una sala de espectáculos en pleno Broadway —sacó la entrada y la colocó encima de la mesa. Harrison no se dignó mirarla—. Luego recapacité y vine aquí.

Harrison tenía sus dudas sobre la veracidad de aquello. Más bien creía que aquella mujer buscaba que la gente de Broadway viera su nombre en cualquier periodicucho sensacionalista.

Ella había que eran capaces de todo por conseguirlo. Incluso pasarse unos cuantos meses en la cárcel para burlarse de la autoridad.

En contra de sus pensamientos inquirió de nuevo:

—Dice que tocó el arma, ¿no?

—Sí. Por tanto, mis huellas tienen que estar en ella. ¡Pero yo no le maté!

Harrison se atrevió a mirarla al fin, y se puso en pie.

Betty interpretó mal su mirada y exclamó:

—Por eso, y ese quizá sea el motivo principal, me resistía a venir, teniente.

—¿Qué es «por eso», *miss* Morgan?

—Usted sospecha que yo le maté.

La respuesta de Harrison fue una sola palabra:

—Vamos.

Salieron.

Cuando llegaron a la calle, ya había junto al bordillo un auto patrulla. Harrison la invitó a entrar, pensando que si aquello no era verdad, aquella explosiva mujer se iba a encontrar con la horma de su zapato.

El «Dodge» de ocho plazas se puso rápidamente en marcha sin

hacer sonar la sirena, y entonces, sólo entonces, el hombre que había venido siguiendo a Betty durante aquellas horas, se apartó del oscuro portal y, con el encendido cigarrillo en los labios atravesó la calzada, abrió la portezuela de un «Chrysler Imperial» modelo actual, penetró dentro y encaró a su acompañante.

—¡Hecho, Mike!

El llamado Mike no dijo nada. Puso el automóvil en marcha y éste arrancó suavemente.

CAPÍTULO III

Frente a la puerta de su apartamento, sacó las llaves del bolso y se las entregó al teniente.

—Será mejor que pase usted primero.

El temblor de su voz hizo dudar por primera vez al duro y curtido teniente. Porque lo era y lo estaba.

A pesar de su juventud.

Metió el llavín en la cerradura y la hizo girar suavemente.

Entraron. Pero el muerto no estaba allí.

No estaba en parte alguna. Harrison miró severamente a Betty. Ella tenía un gesto perplejo en su semblante y el teniente de la Brigada de Homicidios pensó que Broadway se estaba perdiendo una buena actriz.

Procuró que su voz no delatara cuáles eran sus sentimientos en aquel instante y preguntó:

—¿Dónde dijo que estaba el cadáver, *miss* Morgan?

Ella volvió sus ojos perplejos hacia él.

Señaló el suelo del cuarto de baño.

—Ahí, teniente —replicó—. Ahí mismo, entre la puerta y el baño. Con... un balazo en la sien. Le vi muy bien. Como le estoy viendo ahora a usted, teniente.

La automática tampoco estaba.

No se veía por parte alguna, pero Harrison no preguntó por ella. Seguía mirando a Betty.

—Puede que estuviera como usted dice, *miss* Morgan —dijo—. Pero ahora no está. ¿Cómo explica eso?

Betty le miro.

—Estaba ahí, teniente —repitió una vez más. Luego se dio cuenta de que algo no marchaba bien—. No me cree, ¿verdad? Piensa que me estoy burlando de usted, ¿no es eso?

Harrison no contestó al pronto. Siguió mirando unos cuantos

segundos más, y luego, sin hacer caso de ella, registró el apartamento palmo a palmo.

No encontró nada.

Luego buscó a Betty.

Ella estaba tendida ahora sobre el sofá con estudiada languidez. Tenía un vaso de *whisky* en la mano cuando Harrison se enfrentó con ella con el gesto muy Mosco.

—¿Dónde está su amigo? Vamos, ¡conteste!

Betty se puso en pie de un salto echando las piernas para arriba, pero Harrison estaba en su papel oficial y no se estremeció por ello.

—¿Qué amigo, teniente?

Había dureza en su voz.

—¡Oh! ¡Ése! Supongo que será periodista. ¿Cuándo entra en escena, *miss* Morgan?

Ella se enfadó.

—¿Qué diablos quiere decir, teniente? Le he dicho que el muerto estaba ahí dentro. Alguien se lo ha llevado. No me cree, ¿verdad? Pues haga lo que quiera. Yo no soy policía. Si no quiere abrir una investigación, ¡usted sabrá lo que hace y no yo!

—Escuche, ricura —replicó Harrison perdida por completo la paciencia—. Yo me sé todos los trucos. Usted, con ese tipo, es capaz de volver loco a cualquier hombre menos a mí. Por tanto, será mejor que confiese lo que intentaba con esta pantomima. ¿Crearse un nombre a costa mía con el periodista sensacionalista?

Betty le miraba sin entender.

—No sé qué quiere decir, teniente —replicó—. Le dije la verdad. El muerto es...

—¡Ya lo sé! ¡Estaba allí! Pero no lo repita más —estalló Harrison atajándola—. Pero yo no lo creo.

—Escuche, teniente. Yo...

—¡Basta, *miss* Morgan! Y escuche usted esto de una vez. Dé gracias a... —Miró el reloj y siguió—: Dé gracias a que mi relevo entra dentro de media hora y no quiero pasarme el resto de la noche y parte del día de mañana levantando el correspondiente atestado contra usted. A eso, y a que ese mediocre periodista no está aquí; si no, me los llevaba ahora mismo al precinto. Pero oiga esto: si mañana leo algo en los periódicos, refiriéndose a este asunto, la meto en la cárcel para una buena temporada.

—No... no le entiendo, teniente.

Pero Harrison no hizo caso de la interrupción.

Como si no la hubiera oído siguió despotricando:

—¿Se figura que no sé lo que va a pasar? Algo así como: «El misterio del cadáver desaparecido», «La bella *miss* Betty Morgan descubre un cadáver en el cuarto de baño de su apartamento», «La policía busca un cadáver desaparecido misteriosamente del apartamento de *miss* Betty Morgan». Ése es, poco más o menos, lo que dirían mañana los periódicos de Broadway, ricura. ¡Pero no saldrá nada de esto! Una sola letra sobre este asunto, y parará en la cárcel, *miss* Morgan. Conozco el tipo, ¿sabe?

Betty se sentía aturdida por la verborrea del teniente, y por todo aquello que no entendía.

Intentó replicar pero no pudo. El tremendo portazo que dio la puerta del apartamento la hizo comprender que el teniente Harrison de la Brigada de Homicidios acababa de dejarla sola.

Betty suspiró como si le hubieran quitado un peso de encima. Luego, al darse cuenta de que era verdad, de que estaba sola, miró en torno y su gesto reflejó miedo.

Después, armándose de valor, registró de nuevo...

Nada.

No había nada.

Sin embargo, Betty no se acostó. Permaneció tendida en el sofá, fumando incansablemente hasta que el sol entró a raudales por la abierta ventana.

Se levantó entonces. Intentando no pensar, deseando distraerse, puso la radio. Pero esto duró poco, ya que diez minutos después la apagó. Entonces fue al cuarto de baño.

Entró en él con recelo, pero se duchó.

Media hora más tarde seguía pensando en lo mismo.

No podía ser alucinación. Ella había ido directamente desde el bar de Rivero hasta su apartamento. No había bebido nada para que se le subiera a la cabeza; para que después le causara aquel desastroso efecto.

¿Quién era el muerto? ¿Quién le mató y quién se lo llevó de allí?

No había respuesta.

Betty intentó no pensar. Fue entonces hasta el «*living*» y, una vez en él, se asomó a la ventana que daba a la calle. Miró hacia abajo.

El intenso tráfico que pululaba por ella.

Entonces vio el automóvil. Un «Alfa Romeo» color crema. Betty hizo una mueca cuando se detuvo frente a la puerta de la casa donde vivía.

Sabía quién era su ocupante y no le hacía gracia aquella visita. Y menos en domingo.

¡Si al menos se hubiera tratado de Horacio!

Pero no; era simplemente Ethel Lorrigan.

Se sentía fastidiada, pero había dejado de pensar en lo otro. Ahora sus pensamientos estaban en el bombón que en aquel momento estaría subiendo en el ascensor.

¿Por qué Ethel no se había quedado en casa?

Betty abrió la puerta cuando oyó el timbrazo. Se apartó de ésta para dejarla pasar, y al mirarla, supo que Ethel quería algo de ella.

Ethel Lorrigan era morena. Tan hermosa como una vampiresa de Hollywood.

Un peligro de formas hechas por el diablo, y de no más de veintiún años de edad.

Un verdadero peligro. Pero un peligro nacional.

Se contoneó al andar, y fue directamente al «*living*». Se sentó en el sofá y extendió ante sí sus largas y maravillosas piernas.

—Hola, Betty —dijo—. He venido expresamente a hablar contigo. Es un asunto muy importante, ¿sabes?

Betty siempre sentía recelo de Ethel cuando ésta se expresaba en aquellos términos. Por tanto, también lo sintió ahora.

—¿De verdad? ¡Cuéntame, querida!

—Verás, Betty. Es un poco complicado, ¿sabes? —hizo una pausa como para dar mayor énfasis a sus palabras—. Te supongo enterada que me voy a casar, ¿verdad? Sí, creo que te lo dije. Pues bien, Betty, tienes que ayudarme. Sin ti, esa boda no se celebrará jamás. ¿Comprendes?

El diablo lo comprendía, pero ella no.

Se lo dijo así.

—¡Claro, Betty! ¡Qué tonta soy! ¡Si nunca te he hablado de ello! Verás, querida; antes de conocer a Peter, tuve otro novio. Cosas de la juventud. Éste tiene unas cuantas cartas mías. Las fotografías me las devolvió, pero posteriormente he sabido que con las cartas guarda los negativos. Se los he pedido y se ha reído de mí. Se ha

burlado, Betty. Dice que yo le dejé por el otro, cosa que es verdad, claro, y que el mismo día, antes de la boda, se las entregará a él. ¡No puedo consentirlo, Betty, querida! ¿Comprendes?

Seguía sin comprender. Lo manifestó de nuevo.

—No te entiendo, Ethel. ¿Dónde entro yo en esto?

La morena encogió las piernas, abrió el bolso, sacó un cigarrillo, que encendió con calma.

—Tú irás a por esos negativos y las cartas, Betty.

Tranquila. Fría y serena, calculadora.

Los ojos de Betty brillaron.

—Pero ¿estás loca, Ethel?

La morena dejó escapar una tenue risita por entre sus rojos y gordezuelos labios.

—Nada de eso, Betty —afirmó—. He decidido que seas tú, y así será.

Así, con aquella calma. Como una orden y no un ruego.

—Estás loca, Ethel. ¿Cómo puedes afirmar eso?

—Lo tengo todo planeado —replicó la morena, fríamente.

Se miraron las dos. Betty seguía sin entender nada.

A pesar de ello, preguntó:

—¿Y si me niego?

Ethel rió.

Pero su risa sonó tan fría como sus anteriores palabras.

—No seas tonta, querida —dijo—. Me basta con escribirle a tu padre. Puedo contarle algo sobre Horacio Gale. Sobre tus visitas a los clubs nocturnos, y otras cosas más.

—No hay nada de malo en ello, Ethel.

—¡Claro que no, querida! Lo malo es que tu padre no lo sabe. Perderás el empleo y tendrás que ausentarte forzosamente de Nueva York.

Betty crispó los labios en una mueca.

Luego dijo:

—De acuerdo. Suponte que acepto. ¿Qué gano en ello?

Ethel se puso en pie. Su vestido, ceñido a su cuerpo como un guante, puso de manifiesto sus opulentas y felinas formas. Contoneándose fue a la ventana. Intrigada por su actitud, más intrigada que furiosa, Betty le fue a la zaga.

—Tendrás ese «Alfa Romeo», Betty. El automóvil a cambio de las

cartas. ¿Qué contestas?

Por unos segundos Betty quedó sin aliento. Luego su seno se agitó embravecido. La miró atentamente, dudando de lo que oía.

—¿El...?

—Sí, mujer. ¿Qué decides?

La elección no era dudosa. Betty aceptó.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó después.

—Verás, Betty. Dan Kiley vive en una finca de recreo en la carretera Veintiuno. Un edificio magnífico de tres plantas. Allí las guarda. En el tercer cajón de la mesa del despacho, a mano derecha, y contando desde arriba. Te será fácil hacerte con ello.

—¿Cómo entraré en esa casa, Ethel?

—Espera y lo sabrás. En casa de los Kiley hace falta una doncella.

—¡Cómo! ¿No pretenderás que...?

—Eso es precisamente lo que pretendo, querida —replicó la morena, riendo—. Irás allí, ya te daré la dirección exacta. No te pondrán impedimento alguno. Los Kiley no suelen indagar mucho sobre las obras y milagros de sus sirvientes —Ethel sacó un abultado fajo de billetes del bolso, y ante la mirada de asombro de Betty colocó encima de la mesita uno de cien dólares—. Eso para el taxi —explicó—. Ahora sólo tienes que coger el teléfono y llamar a casa de los Kiley. Te pondrás enseguida de acuerdo con ellos.

Aquello era muy extraño. Sumamente extraño.

Pensaba en ello cuando levantó el auricular y discó el número que previamente le dio Ethel, deseando «in mente» que los Kiley dijeran que no.

Pero no fue así. Betty quedó admitida en el acto, y sin más preguntas.

Ethel se puso en pie sonriente. Fue a la puerta.

—Ya te lo dije, querida —exclamó, hablando por encima del hombro—. ¡Ah! Procura hacerlo bien, Betty. No me gusta decírtelo, pero tengo otras cosas en contra tuya con las cuales puedo obligarte.

Betty se envaró.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! Nada, mujer. Es... un decir. Sólo eso. Un decir.

¿Lo era, o había algo más?

Betty la acompañó al ascensor, y ella penetró dentro moviéndose malignamente. Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Te telefonaré mañana. Creo que ya las tendrás en tu poder.

Betty no replicó. Esperó a que el ascensor se pusiera en marcha, y luego, sumamente pensativa, regresó al apartamento.

¿Qué pensaría de todo aquello el imbécil del teniente Harrison?

Seguramente que era otro de sus trucos para conseguir una propaganda que le abriera las puertas de Broadway.

Sintió ganas de reír, pero el súbito recuerdo de aquel misterioso cadáver le hizo desistir de ello. Y casi se alegró de la visita de Ethel Lorrigan, a pesar de sus amenazas.

CAPÍTULO IV

Se había nublado repentinamente. Media hora más tarde, el agua empezó a caer. El cielo parecía haber abierto sus esclusas, y el agua caía torrencialmente, dificultando la visión del taxista que conducía a Betty hacia su nuevo destino.

Dentro, reclinada contra el respaldo, con los ojos entornados. Betty pensaba en todo aquello.

No le gustaba.

Sentía la misma impresión que cuando descubrió aquel cadáver en el cuarto de baño.

No le gustaba de ningún modo. Así como tampoco le gustaba ni le había gustado nunca Ethel. Claro que tampoco podía haber nada de malo en aquello. Cualquier mujer haría lo mismo para recuperar unas cuantas cartas comprometedoras.

Pero había algo más.

¿Por qué ese interés de Ethel por ella? ¿Tan importantes eran que a cambio iba a regalarle su «Alfa Romeo» color crema, o había algo más? ¿Tanto se comprometía en ellas que no vacilaba en regalar una verdadera fortuna por conseguirlas?

Podía ser eso.

Poda ser verdad.

Si era así, ella estaba dispuesta a ayudarla. No por simpatía, ya que por Ethel no experimentaba ninguna.

Pero mucho menos la sentía por los chantajistas, y aquel Dan Kiley lo era.

La súbita detención del taxi interrumpió sus meditaciones. Betty miró por la ventanilla. Seguía lloviendo.

Frente a ella, la casa.

Una quinta de recreo.

Pero no parecía serlo. Era enorme, sombría, siniestra.

Siniestra, sí; ésa era la verdadera palabra. Betty se estremeció al

pensarlo. Pero no retrocedió. Pagó la carrera, bajó del taxi y empezó a andar por el estrecho y enarenado camino que conducía directamente hasta la puerta principal.

Estaba calada hasta los huesos cuando llamó al timbre.

Pero aún tardó cerca de diez minutos antes de poder entrar.

Frente a ella había una mujer de unos cuarenta y cinco a cuarenta y siete años. Alta, bien formada, de pelo castaño y ojos pardos. Grandes, inmensos.

Betty pensó que sería el ama de llaves y no se equivocó. Después de saludar preguntó:

—Ésta es la casa de los señores Kiley, ¿verdad?

—Sí —replicó secamente la mujer—. Y tú serás la nueva doncella, ¿no? Anda, pasa. No te quedes ahí. Estás chorreando.

Betty estaba segura de presentar un aspecto francamente deplorable. Entró.

Detrás de ella oyó cómo la cuarentona cerraba la puerta de entrada, corriendo los cerrojos. Unos instantes después la tuvo a su lado.

—Venga —invitó—, la acompañaré a su habitación. Múdese de ropa y venga después a la cocina. Me ayudará. Hay mucho trabajo esta noche.

—Yo creí que...

—¿Qué creías, que ibas a servir la mesa? —rió, y su risa resultó sumamente antipática a Betty. Menos mal que sólo sería aquella noche—. Eso lo hace el señor Callowan. El señor Callowan es el ayuda de cámara del señor Kiley.

—¿Ayuda de cámara y...?

—Se ocupa también de otros menesteres. Entre ellos el de servir la mesa. Vamos, estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

El vestíbulo estaba brillantemente iluminado y, en contraste con su primera impresión, a Betty ya no se le antojó tan siniestra aquella casa.

Pero era la planta baja. No así el segundo ni el tercer piso, que estaban materialmente a oscuras. Se estremeció al cruzar por los largos pasillos y volvió a estremecerse cuando llegaron a la habitación que le habían destinado.

Betty, mientras se desnudaba, preguntó:

—¿Cómo debo llamarla?

—Marta. Así me llaman todos. Soy el ama de llaves, y el ama también de la cocina. Por tanto, no admito interferencias de nadie. ¿Entiendes?

Betty asintió con la cabeza, a punto de perder la paciencia. Pero recordó a tiempo el «Alfa Romeo» y calló.

Después fueron a la cocina. Míster Callowan estaba en ella, sentado en un sillón, fumando un largo y oloroso puro. La miró y arrugó el entrecejo.

No le gustaba aquella mujer, muy joven, de no más de veintiún años, con el aire de una vampiresa. No le gustaba tampoco su almidonado delantal blanco como la nieve, ni su cofia.

Había trabajo.

Y mucho, como dijo Marta.

Ésta, con un ademán, le indicó un montón de patatas y Betty, resignadamente, se puso a pelarlas.

Manos demasiado finas. Demasiado blancas y cuidadas para una simple criada.

Jeff Callowan se puso en pie. Betty vio que era alto y robusto. Fuerte como un toro, a pesar de que rondaría los cuarenta.

No pudo seguir observándole, porque el mayordomo salió en aquel entonces y las dejó solas.

Al principio, Betty se extrañó de que no le hubiera dirigido la palabra ni aun para saludar o dar las buenas noches. El tal míster Callowan había permanecido silencioso y tan serio como un palo.

Betty procuró no pensar en él, y sí hacerlo en el trabajo que la esperaba después, cuando todos estuvieran durmiendo. Tenía que trazarse un plan de ataque. No le gustaba la casa, y no quería pasar más de una noche allí.

Aparte de que también estaba su empleo. No deseaba perderlo en modo alguno.

Una hora más tarde, cuando ya todo se hallaba dispuesto para servir la mesa, míster Callowan sorprendió a Betty con una petición, que formuló en el momento justo en que regresó a la cocina.

—Tú, jovencita, hoy servirás la mesa conmigo. Míster Dan Kiley ha expresado su deseo de conocerte.

Por unos segundos, Betty estuvo tentada de preguntar cómo debía hacerlo, pero calló. Aunque masculló «in mente».

«Si sales de ésta, Betty, creo que te habrás ganado de sobra ese

coche».

O la mortaja.

Pero ella no estaba al tanto de eso.

Sin replicar, sin dar a entender la extrañeza que sentía, Betty se dispuso a ayudar al mayordomo.

Mientras servía la mesa, poniendo sus cinco sentidos para no cometer una imprudencia o una equivocación que diera rápidamente al traste con todos sus planes, Betty les estudió.

Los Kiley eran tres. Jimmy Kiley, de unos cuarenta años, pelo grisoso, ojos castaños, alto y macizo, pero cojo. No es que tuviera una pierna o un pie de menos. Era simplemente que en la pasada guerra mundial, durante un bombardeo, sufrió una herida en una pierna, de resultas de la cual cojeaba un poco.

La mujer era Dora Kiley, esposa del anterior. Una hermosa matrona de treinta y, tres años. Formas opulentas y carnes prietas. Ojos grises y... hermosa. Muy hermosa. Betty la comparó mentalmente con Ethel Lorrigan.

Ambas eran hermosas. Lo mismo que felinos. Como las panteras que ella había visto infinidad de veces en el «Zoo».

Lo mismo que ella misma, pero de otra clase.

Betty miró disimuladamente al tercero de los Kiley.

Le vio primero, y le había dejado para el último. No sabía por qué lo hizo, pero merecía la pena.

Dan Kiley.

Allí estaba, silencioso como los demás, pero en contraste con su hermano y cuñada, que la miraban de soslayo, él lo hacía de frente. Con sus ojos grises y fríos.

Como intentando taladrarla.

Betty se preguntó si estaría adivinando hasta sus más recónditos pensamientos.

Dan Kiley tenía el pelo negro, la frente amplia, nariz recta, boca un poco grande, de labios finos, y el mentón completamente cuadrado.

Su figura imponía. Había algo de maligno en él. Tal vez la fuerza que parecía emanar de su fuerte personalidad, de la anchura de sus hombros y de las largas y fuertes piernas. De sus brazos poderosos...

De toda su persona en general.

Betty, mirándole, se sintió infinitamente, pequeña. Le sirvió sin que él dijera nada, pero sin que tampoco dejara de mirarla.

¿Maligno?

No. Maligno, no.

Siniestro, como la misma casa, como los oscuros pasillos o los oscuros rincones. ¿Quién era?

Desde luego, un Kiley. Uno de la dinastía. Pero ¿qué representaba en la vida?

¿Fuerza, poder... destrucción?

¿O la misma muerte?

Betty había acabado de servirle. Sólo entonces Dan Kiley dejó de mirarla para fijar sus fríos ojos en el plato. Kiley no vestía de etiqueta como su hermano y cuñada. Simplemente cubría su cuerpo de atleta con una chaqueta de deporte y pantalón gris oscuro, calzaba zapatos negros y brillantes y llevaba camisa y corbata de color.

Betty fijó casualmente los ojos en míster Callowan. El mayordomo, con la mayor dignidad, le estaba haciendo señas disimuladas. Betty dejó de pensar para poner toda su atención en lo que hacía, y fue tras él.

Callowan se volvió, encarándola con el gesto fosco, tan pronto como los dos entraron en la cocina.

—Escucha, jovencita —espetó—, esto que no ocurra más, o vas de patitas a la calle. ¿Entiendes?

Betty le miró de frente.

—Explíquese, ¿quiere?

—Nari... Digo, ahora mismo. Estabas mirando a míster Dan como si quisieras comértelo, y eso no me gusta. Incluso la señora Dora se ha dado cuenta de ello.

Betty sintió deseos de reír. ¿Qué le importaba a aquel zafio lacayo de casa rica que ella mirara de tal o cual modo al dueño o a uno de los dueños?

No quiso replicar. Sabía que si lo hacía daría al traste con todo aquello.

Se puso a fregar los platos, y después de esto, a trajinar por la cocina hasta una hora más tarde en que, acompañada de Marta, subió a su habitación.

CAPÍTULO V

Betty se encerró por dentro. Se despojó del almidonado delantal, que ya no estaba tan blanco, si no hecho un verdadero asco, buscó entre sus cosas el paquete de cigarrillos, encendió uno y se tendió en la cama.

A esperar.

Mientras, pensaba en todo aquello. En lo extraña y siniestra que era aquella casa. En lo extraño que era el que nadie, el que ninguno de los Kiley le hubiera formulado pregunta alguna.

Tan sólo la mirada de él, de Dan, que aún parecía traspasarla. ¿Por qué?

Consultó el reloj.

Las doce.

Tenía que esperar un poco más. Hasta la una y media por lo menos. Luego iría al despacho. En la mesa, en el tercer cajón, contando desde arriba y a mano derecha.

Las palabras de Ethel le martilleaban el cerebro a medida que iban pasando los minutos.

Betty consultó de nuevo el reloj.

La una y veinte.

Se levantó de la cama y se quitó los zapatos. Luego, de entre sus efectos sacó una linterna, delgada como un lápiz, pero, sin embargo, de potente luz.

Betty se acercó a la puerta y escuchó.

Nada. El silencio era absoluto. La abrió.

Escuchó de nuevo. Todo parecía dormir.

Lentamente, dejando la puerta de su habitación entornada, Betty bajó la escalera. Llegó al primer piso sin que nadie ni nada viniera a turbar el silencio que se había adueñado de la casa.

Más lentamente aún, Betty fue hacia el segundo tramo de la escalera. Antes de llegar vio una luz filtrándose por debajo de una

puerta. Su corazón aceleró los latidos hasta el máximo.

Con las manos en el opulento seno, conteniendo hasta la respiración, Betty se acercó a aquella puerta.

Una sala de estar.

La veía por entre la puerta, que estaba entornada. Una mesa ratona, dos magníficos sillones y un sofá. Eso era todo.

Todo menos la figura de Jimmy Kiley, completamente inmóvil, sentado en uno de los sillones. Un cigarrillo, en el cenicero que había en la mesa, humeaba.

Betty vaciló unos segundos. ¿Qué hacer? ¿Continuar hasta el despacho o retroceder hasta su habitación?

No le gustaba estar allí. No quería pasar otra noche en aquella casa. Tenía que seguir. Pero ¿y si Jim Kiley se levantaba y la sorprendía? ¿Qué podía alegar?

Se encogió de hombros. Ethel estaba detrás de todo. El «Alfa Romeo». Perdería éste, su empleo. Tendría que irse de Nueva York, otra vez a su casa, a su granja de Kansas. No lo deseaba.

Había que hacerlo.

Se decidió.

De puntillas sobre sus pies descalzos, protegidos por las finas medias de nylon, Betty retrocedió. Alcanzó la escalera y distendió el pecho con un hondo suspiro.

Su seno acusó el impacto contra la tela del vestido, y podía mostrarse legítimamente orgulloso, ¡demonios!

Bajó completamente a oscuras, sin atreverse a encender la pequeña pero potente linterna. Una vez en el vestíbulo, procuró orientarse hacia el despacho. Sabía dónde estaba. Lo había visto antes.

Lo alcanzó.

Sin encender la luz, Betty tanteó la puerta. Estaba abierta. La empujó y penetró dentro, cerrándola a su espalda.

Más de tres minutos permaneció inmóvil, con la mano en el pecho, como intentando detener el alocado golpear de su corazón, al cabo de los cuales se decidió a encender la linterna.

El tenue rayo de luz, lo mismo que el filo de un cuchillo, recorrió de un lado para otro toda la amplia y lujosa estancia. Al fin se detuvo en la mesa de nogal.

Betty se acercó a ella.

En el tercer cajón a mano derecha, contando por arriba. Betty pasó al otro lado. Contó los cajones. El primero, después el segundo, y por último el tercero. Tiró de él.

Estaba abierto.

Betty respiró suavemente, pensando que tenía que darse mucha prisa.

Tanteó con las manos. Luego enfocó la linterna y empezó a buscar. Cinco minutos después se dio cuenta de que allí no había nada. Nada, como no fueran papeles sin ningún interés para ella.

Nada, nada que pudiera llevarle a Ethel.

Levantó la linterna para, con aire desolado, mirar en torno. No llegó a hacerlo.

—Lo que buscas, ricura, está dentro del último cajón. En un sobre azul, lacrado, y dirigido al Departamento de Narcóticos.

Betty lanzó un tenue grito. La linterna cayó al suelo y se apagó. Pero no hacía falta luz alguna. Las del despacho acababan de encenderse apenas si aquella voz dejó de hablar.

Betty parpadeó, momentáneamente deslumbrada... Luego miró.

Dan Kiley estaba allí. En pie, vistiendo con la misma ropa que llevaba durante la cena. Avanzando hacia ella lentamente, con expresión dura, siniestra. Sin el más leve gesto de piedad en su rostro de granito. La mano derecha en la funda de la axila.

Betty retrocedió con expresión de espanto hasta la pared.

Kiley se detuvo entonces. Empezó a andar de nuevo, pero ahora hacia la mesa del despacho. La mano derecha seguía en el mismo sitio. En la izquierda llevaba una llave, que se sacó del bolsillo del pantalón.

Betty respiraba agitadamente. Tenía el rostro como la ceniza. Fascinada vio cómo Kiley abría el cajón y rebuscaba en su interior.

Fueron dos minutos, que a ella se le antojaron años. Después él se volvió lentamente para mirarla.

—¡Dámelo, ricura! —pidió fríamente.

Betty no le entendió al pronto. Luego la sangre se heló en sus venas.

Al fin, y tras un enorme esfuerzo, logró articular:

—¿Qué le dé... el... qué? No, no entiendo.

Kiley se acercó, y ella tembló al ver la expresión de impiedad que había en sus ojos.

—Será mejor que entregues ese sobre por las buenas, nena —dijo, cuando llegó a su lado.

Betty vaciló sobre sus inseguras rodillas, pero él no hizo nada por sostenerla.

—Vamos, dámelo.

—Por favor, yo... —Al fin podía hablar—. Yo no he tocado nada. No sé de qué me está hablando.

—No, ¿eh?

Kiley dio un paso y no habló más.

Levantó la mano y de seco trallazo alcanzó a Betty en medio de la boca. Su cabeza fue hacia atrás, se golpeó la nuca con la pared, y después se deslizó al suelo hecha un ovillo.

Levantó el rostro hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas y los labios partidos.

Kiley no vio nada de esto. Fue hacia ella, se inclinó, la tomó por los hombros y la levantó como si fuera una pluma. Durante unos segundos ambos permanecieron mirándose a los ojos.

Luego Kiley la atrajo contra su pecho. Betty sintió que le faltaba la respiración. Levantó el rostro, y Kiley besó su boca.

Betty no se movió, no hizo gesto alguno ni para rechazarle ni para aceptar aquello. Permaneció en actitud pasiva hasta que él la soltó.

—¡Maldita gata!

Kiley se limpió los labios con el dorso de la mano y luego la empujó contra uno de los sillones, con la misma brutalidad que la vez anterior. Betty cayó sobre él como un plomo. Con los ojos agrandados le miró.

Impasible. Lo mismo que una estatua.

Así estaba Kiley parado frente a ella. Mirándola, sin piedad, sin compasión, con la muerte en los ojos.

—Dame esos papeles, ricura —dijo.

Betty tragaba saliva. También intentaba respirar. Kiley procuraba apartar los ojos del escotado vestido en forma de «uve».

—Vamos, date prisa.

Betty procuró replicar:

—No sé de qué me habla. Es... es la verdad. Yo... yo vine aquí a otra cosa. A nada que se refiriera al Departamento de Narcóticos. A nada. Yo...

Calló, desorbitando los ojos. Kiley la estaba apuntando con una alemana «*Parabellum*». En sus ojos estaba la muerte.

—Dámelos. Vamos. O te mataré, pequeña.

Y rió.

Su risa causó más miedo a Betty que el arma que llevaba en la mano. Tembló toda ella. Lo mismo que un pajarillo asustado. Kiley no veía nada de esto. Empezó a levantar la automática. Betty se movió entonces, pero fue para dejarse caer de rodillas al suelo. Ocultó el rostro entre las manos y estalló en un violento sollozo, que estremeció todas y cada una de sus maravillosas y provocativas líneas.

Siguieron unos segundos de silencio, rotos por los ahogados sollozos de Betty. Finalmente, Kiley lo rompió.

—Escucha, mocosa —empezó—. Tú eres doncella como yo Presidente de los Estados Unidos. Has venido a mi casa con un propósito bien definido. Por si esto fuera poco, te encuentro registrando los cajones de esta mesa, y me faltan unos cuantos papeles de vital importancia. Después —rió de nuevo— dices que no sabes nada. ¿Esperas que te crea? Vamos, habla. Habla antes de que te dé el pasaporte.

Sus palabras eran puro hielo. Ponían frío en la médula de los huesos a Betty.

Apartó ahora las manos de su rostro y lo levantó para mirarle.

—No sé nada de esos papeles. Puede creermme o matarme, pero le digo la verdad. Cierto que estaba registrando su mesa. Vine... vine a por unas cartas y unos negativos que usted guardaba. Mi amiga, una antigua novia suya, míster Kiley, vino ayer a mi casa a pedirme este favor. No sé cómo, pero ella se enteró de que aquí faltaba una doncella. Por eso vine. Dijo... dijo que usted quería hacerla víctima de un chantaje. Que la había amenazado con entregar esas cartas y los negativos de las fotografías al hombre con el cual va a casarse ahora. Eso es cuanto sé.

Su acento sonaba a convincente. Sus lágrimas también. Kiley sintió que vacilaba en sus convicciones. No obstante, tampoco estaba dispuesto a que ella, con su palmito y sus lágrimas, le hiciera pasar por tonto.

CAPÍTULO VI

Hizo una seña.

—Vamos, levántate de ahí y siéntate en el sillón —ella lo hizo y él la miró largamente—. ¿Quién es esa supuesta antigua novia mía?

Betty agrandó los ojos mirándole con estupor. Luego miró la automática y después a Kiley. Éste enfundó lentamente.

—Pero...

—Pronto. No quiero ni puedo perder mucho tiempo contigo. Habla, pero claro. ¿Entiendes, ricura?

—Se trata de Ethel Lorrigan. ¿No me irá a decir que...?

—Pues, sí, querida, te lo voy a decir. No conozco, no he conocido nunca a una mujer que se llame Ethel. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Betty Morgan. Vivo en el número tres mil cinco de la calle Cuarenta y nueve. Decimoctavo piso, letra D. Puede comprobarlo.

Era la verdad. Pero aunque lo recordó, Betty no hizo mención del cadáver ni de su misteriosa desaparición.

—¿En qué trabajas? ¿De qué vives, si no haces nada?

—Sí trabajo. En Madison Avenue. En la Compañía Latimer-Ross, de importación y exportación. Son... son varios apartamentos los que corresponden a la Compañía. Pero no vaya allí. ¡Por favor! Perdería mi empleo tan pronto como supieran esto.

—Eso debiste pensarlo antes, ricura. Bien —agregó, después de un brusco silencio—, cuéntame algo de esa Ethel Lorrigan. Descríbemela.

Betty, cada vez más extrañada, lo hizo. Luego, viendo que Kiley no decía nada, preguntó:

—¿Qué... qué eran esos papeles, señor Kiley?

—Lo que a ti no te importa, ricura —replicó secamente—. Ahora voy a decirte algo. No saldrás de esta casa hasta que yo averigüe si es verdad todo esto. Entretanto —hizo una leve pausa—, vas a

seguir haciendo de doncella. Ahora, ven.

—Pero...

—Tendrás que resignarte, querida. Eso o un balazo en medio de los ojos —y ella adivinó que no mentía al decirlo, aunque después añadió, en un tono jocosos, que no logró engañarla—: Por otra parte, los Kiley no hemos tenido una doncella tan hermosa como tú. Ahora, vamos, aprisa.

Ya en el vestíbulo, que iluminó él, Betty preguntó:

—¿A dónde me lleva?

Kiley replicó, sin mirarla:

—A tus habitaciones, querida.

Siguió avanzando, hasta que a su espalda sonó la voz de ella:

—Pero... pero...

Se ahogaba y tenía el rostro completamente rojo. Kiley sólo tuvo que mirarla un segundo para comprender.

—No seas imbécil, ricura —dijo fríamente—. No es por ahí. Simplemente, deseo registrar tus cosas. Será mejor que me acompañes por las buenas.

¿Departamento de Narcóticos? Aquella automática tan pavorosa... ¿Quién era, en realidad, Dan Kiley?

Fuera quien fuese, estaba en su derecho a comportarse así. Incluso a matarla. La había sorprendido en su casa con personalidad supuesta, registrando su despacho en busca de unos papeles que, al parecer, eran mucho más importantes de lo que ella había imaginado.

Bajó los ojos. Sometida por completo. Como lo había estado desde un principio.

—Cuando usted quiera —replicó tenuemente.

Empezaron a subir.

El primer rellano. El segundo. El primer piso. La luz se filtraba por debajo de la puerta.

Kiley miró hacia allí. Se detuvo, y luego avanzó rectamente hacia la salita de estar. Betty fue detrás. Kiley empujó la puerta.

Jimmy seguía allí.

El cenicero estaba en el mismo sitio. El cigarro también. Todo se hallaba igual que cuando Betty lo vio. Todo igual, menos dos cosas: el cigarro era el mismo, pero no humeaba ya.

Jimmy seguía inmóvil en el sillón. Lo mismo que antes. Igual

que antes de que le viera Betty.

Estaba muerto.

Con un tiro en la sien derecha, que le atravesaba la cabeza de parte a parte.

Dan Kiley se acercó lentamente. Betty se dio cuenta de que algo no marchaba como era debido cuando le vio avanzar, deslizándose por el piso sin hacer ruido, como un felino, como un siniestro y peligroso felino.

Fue detrás intuyendo ya algo. Vio cómo él, impasible al parecer, alargaba la mano y tocaba el borde de la herida con la uña del dedo pulgar.

Betty alentó trabajosamente. Dos asesinatos.

Había visto a dos hombres asesinados en el transcurso de pocas horas. ¿Por qué? ¿Qué habría detrás de todo aquello?

A pesar de todas sus preguntas, del miedo que empezaba a atenazarla de nuevo, Betty no pudo por menos de admirar al único Kiley que permanecía vivo.

Impasible, peligroso como nunca, inmóvil como una piedra, sin que en su gesto ni en su rostro diera la sensación o expresara nada de lo que debía sentir en aquellos momentos.

Súbitamente se volvió hacia ella. Betty lanzó entonces el grito que contuvo cuando vio el cadáver de Jim Kiley. Porque los ojos del menor de los hermanos la estaban acusando a ella.

Retrocedió un par de pasos. Kiley fue rápido y la prendió por un brazo.

—Vamos a tu habitación —dijo con voz incolora—. Voy a registrarla. Si encuentro el arma...

No dijo más ni hacía falta. Betty se estremeció bajo sus dedos.

Subieron hasta el final. Ella abrió la puerta. Se apartó.

—No, querida. Tú primero.

Entró llevándole detrás y después de haber encendido la luz.

Él cerró con llave la puerta por dentro, y sin decir palabra empezó a revolverlo todo. En contados minutos registró la habitación. Luego fue a la maleta, que ella ni siquiera había abierto.

—Dame la llave —pidió fríamente.



—Dame la llave — pidió con frialdad...

Betty se resistió un poco.

—Es que ahí —empezó— llevo algunas prendas...

—Íntimas, ¿no? No te preocupes, amor. Estoy acostumbrado y no me ruborizaré.

En aquellos momentos ella sintió odio hacia él.

Le dio la llave. Tal y como había dicho, tal y como era, ya que no había mentido, sólo contenía prendas de uso personal.

Kiley se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—Además de hermosa eres demasiado lista, ricura. O al menos lo aparentas —dijo—. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Conmigo, querida —rió—. Tú no te vas a separar de mí hasta que venga la policía. Ahora, para empezar, vamos a llamar a Callowan y a su mujer. Quiero averiguar si saben algo. ¡Ay de ti si dicen algo en contra tuya! ¡Vamos, andando!

—¿Quién es la mujer de míster Callowan?

Kiley la miró mientras ella iba delante.

—Marta es la mujer de Callowan, ricura —replicó.

Llamaron a la puerta de la habitación en que dormía el matrimonio. Kiley tuvo que repetir la llamada tres o cuatro veces antes de que Callowan, enfundado en un listado pijama, abriera la puerta.

Agrandó los ojos cuando vio a Kiley en tan buena compañía.

—¿Qué... desea? ¿Ocurre algo, míster Kiley?

—Sí —replicó, con la misma frialdad de siempre—. Han asesinado a mi hermano. Vístase. Le espero fuera.

Dentro de la habitación se oyó un grito sofocado.

Diez minutos después, en el comedor, Kiley, teniendo a su derecha a una silenciosa y consternada Betty, hizo la primera pregunta:

—¿A qué hora se fue a acostar, Callowan?

El mayordomo frunció el entrecejo.

—No lo sé, míster Kiley. No puedo recordarlo... —Miró a Betty—. Puede que ella lo recuerde. Subimos los tres juntos.

Al referirse a los tres, incluía, naturalmente, a su mujer.

—Bien, ya le preguntará luego, Callowan —calló unos segundos y después añadió—: ¿No salió de su habitación para nada?

Marta fue la que respondió por su marido:

—No, míster Kiley. Jess no ha abandonado la habitación en lo que va de noche.

—¿Cómo lo sabe, Marta?

Ella tenía el rostro tan pálido como el del cadáver que había en el primer piso. Pero aun así sonrió.

—Me he dormido hace unos minutos, míster Kiley. He estado leyendo hasta ahora.

—¿No ha oído ningún ruido? ¿Algo parecido a un disparo?

—No, nada. Y es bien extraño.

Para Kiley no lo era. Una pistola provista de silenciador apenas si hacía tanto ruido como el taponazo de una botella de champaña al ser descorchada.

—Está bien, Marta —dijo finalmente—. Puede ir a acostarse —se volvió a Callowan—. Baje al vestíbulo y llame a la policía. Dígales que se ha cometido un asesinato y que vengan pronto.

Los dos salieron muy tiesos. Kiley volvió la cabeza para encarar a Betty.

—Vamos a llamar a mi querida cuñada —dijo.

Algo en su voz le hizo pensar a Betty que aquello había sido una simple frase convencional.

Cora Kiley tenía sus habitaciones en el primer piso. Siempre delante de él, Betty se detuvo frente a la puerta. Kiley llamó tres veces antes de que Cora, con cara de sueño, vistiendo un transparente salto de cama bajo el cual no había nada más que ella, les abriera la puerta.

Su rostro, al verles, expresó el mismo gesto de estupor que el matrimonio Callowan.

—Vístete enseguida, Cora —dijo él—. Acaban de matar a tu marido.

Así de frío. Así de brutal. Betty se preguntó si aquel hombre no tenía sentimientos. No pudo contestarse a sí misma, ya que lo que sucedió a continuación la tomó por completo de sorpresa.

Cora Kiley lanzó un ahogado grito. Pero ni se cubrió el rostro con las manos ni lloró. Simplemente se lanzó sobre Kiley, enroscándose a él como una serpiente.

No, no era el dolor inconsolable de una viuda que acaba de perder al esposo. Era algo más y que Betty comprendió.

Sintió asco de ella. De todo. De aquella casa, de ambos crímenes, de Ethel Lorrigan, que la había metido en aquel lío. ¿Y él?

No era lo mismo.

Dan Kiley soportaba el «cariño» de su cuñada. Pero estaba entre sus brazos tan firme como una roca.

Betty se alejó un poco. Luego bajó al vestíbulo y esperó.

Media hora más tarde lo hizo Kiley, que se sentó a su lado.

—La policía está al venir, nena —manifestó fríamente.

Luego quedó silencioso y Betty no replicó, aunque sintió que la sangre se le helaba en las venas.

CAPÍTULO VII

Vino poco después. Betty se estremeció al oír el ulular de las sirenas. Kiley, con un gesto, ordenó que fuera a abrir, cuando ellos ya estaban llamando.

Obedeció. Abrió la puerta, y se dio de manos a boca con el teniente Harrison.

—¿Usted? —Logró articular, después de unos segundos de silencio.

—Yo mismo, *miss* Morgan. ¿Puedo preguntarle qué hace en la quinta de los Kiley?

Betty ya se había serenado. Tenía que ser así, después de tantas horas de tensión.

Replicó mirando de frente, sin tener en cuenta que con aquello iba a complicar aún más las cosas.

—¿Y por qué no puedo estar aquí? ¿Hay alguna Ley que prohíba a una mujer pasar el fin de semana en casa de su prometido?

El teniente Harrison se sorprendía pocas veces, pero ahora abrió la boca lo menos un palmo.

No replicó. Dio un paso al frente, y casi en el acto el vestíbulo se vio invadido de agentes uniformados y de paisano.

Empezaron las preguntas. Después, el examen del cadáver. Luego, la ambulancia se lo llevó, entre los gritos desgarradores de la bella Cora.

Kiley siguió impasible. Lo mismo cuando se llevaron a su hermano que cuando miró a su cuñada.

Después, dos horas largas más tarde, en el vestíbulo quedaron los tres solos. Harrison se lamentó mirando a Kiley, mientras Betty les miraba a ambos:

—Nada. Ni una pista. Ni un indicio. Sólo un hecho concreto, según el forense que ha examinado el cadáver. A su hermano le mataron con una automática «Colt» calibre treinta y ocho —calló

unos instantes—. Nadie sabe nada. Nadie ha oído tampoco el disparo... Es... es como para morirse de risa. Sin embargo, alguien miente. Eso es indudable —miró a Betty—. Tengo que hablar con usted, completamente a solas.

Betty se puso en pie. Kiley medió, sin darse cuenta que con sus palabras sacaba a ella de un apuro:

—*Miss Morgan* es cuenta mía, teniente —dijo.

—Ya lo sé —replicó el otro, pensando en las palabras que ella le había dicho nada más entrar—. Pero aun así, deseo hacerlo.

Kiley se encogió de hombros, y Betty, seguida del teniente, se encaminó a una de las habitaciones de la planta baja.

Dentro se enfrentaron los dos.

—Este cadáver no se lo han llevado, *miss Morgan* —dijo, sin más preámbulos.

—¿Qué trata de decirme, teniente?

—Aún no lo sé. Depende de sus respuestas a un par de preguntas que voy a hacerle.

—Suéltelas, teniente.

—En primer lugar, ¿puede describirme cómo era ese cadáver que dijo haber encontrado en su apartamento?

—Lo dije, teniente, puesto que era verdad. El cadáver estaba allí.

—De acuerdo, *miss Morgan*. ¿Quiere describirlo?

—Rubio, casi tan alto como Dan, mi prometido. Vestido con un traje azul eléctrico. Camisa blanca y corbata de a veinticinco centavos. Fuerte. Los ojos... Bueno, en eso no, me fijé bien. No podía hacerlo en aquel momento, pero creo que eran pardos. ¿Por qué?

Harrison vaciló unos segundos.

—Mañana por la tarde la espero en el Precinto, *miss Morgan*. Quiero que identifique un cadáver. ¿Cuento con usted?

—¿Para qué, teniente? Mejor dicho, ¿con qué objeto?

—Está bien, *miss Morgan* —replicó Harrison, soltando un bufido—. Si es el hombre que yo espero, creo que tendré que pedirle perdón por haber dudado de usted.

—Entonces... ¿es que...?

—Eso mismo que está pensando, *miss Morgan*. Por tanto, la espero mañana. Ahora tengo que retirarme. Esto me ha traído un sinfín de trabajo y complicaciones. Discúlpeme si no me entretengo

más ni soy más explícito.

Betty le acompañó a la salida, pensando que la actitud de Harrison para con ella había cambiado como de la noche al día. Ahora ya no era una de las chicas que pululaban por Broadway en busca de un poco de propaganda.

Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. Kiley permanecía sentado donde lo dejó, fumando pausadamente. La llamó con la mano.

Betty se paró delante de él con los brazos en jarras.

—¿Aún no hemos acabado, míster Kiley? —preguntó con voz seca.

—No, aún no, dulzura. Un par de preguntas nada más y enseguida puedes irte a dormir. ¿Sabes las señas de ésa... Ethel Lorraine?

Las sabía.

Por tanto, se las dio. Y cuando creía que él la iba a mandar a la cama, Kiley formuló otra pregunta:

—¿Conoces sus amistades? Pues dímelas, con sus señas si puede ser. ¿Dónde la conociste? ¡Ah! Quiero saber también cuáles son las tuyas. En fin, todo cuanto me pueda ayudar en algo.

Durante más de una hora, Betty estuvo hablando y él tomando apuntes. Al cabo de la cual la despidió. Betty se alejó contoneándose, mientras él se ponía en pie.

—¿Te marchas así?

Betty se detuvo en seco y se volvió para mirarle.

Kiley se acercaba con el mismo silencio de siempre.

—Así, ¿cómo? —preguntó ella, cuando le tuvo a su lado.

Él no contestó. La tomó entre sus brazos, y Betty se vio besada y estrujada materialmente entre ellos.

Alentando se separó, con los ojos brillantes y llenos de furia.

—Es usted... un...

—Tú prometido, querida. Repito las palabras que no hace mucho dijiste al teniente Harrison.

Betty quedó perpleja, pensando en todo lo ocurrido. ¿Cómo se había enterado?

Hasta que cayó en la cuenta de una cosa.

Preguntó:

—Nos ha estado espiando, ¿verdad?

Kiley rió sin alegría.

—Digamos escuchando, que está mejor —replicó.

La acompañó hasta la puerta de su habitación, y Betty se encerró por dentro.

En la suya, completamente vestido, pero tendido sobre la cama, Dan Kiley pensaba.

Michael Rivero, Ethel Lorraine y Horacio Gale.

Y aquel Lionel Kennedy. El jefe de ella.

¿Cuál de ellos?

¿Todos? Tal vez ninguno. También podía ser.

Kiley miró la punta del cigarrillo y se volvió de cara a la pared.

¿Indicios?

Ninguno. Nada, como había dicho el teniente Harrison, del Departamento de Homicidios.

¿Ideas?

Muchas, al menos él tenía unas cuantas. Tenía que tenerlas forzosamente.

No durmió en el resto de la noche. Por tanto, bien temprano estaba en pie. La lluvia torrencial de la noche anterior se había convertido en una fina y persistente llovizna que lo empapaba todo.

Kiley fue al lavabo, se duchó, se afeitó con la maquinilla eléctrica, y un rato después, vistiendo un traje oscuro más en consonancia con el reciente fallecimiento de su hermano, y encima de éste un impermeable oscuro, se colocó el sombrero y subió al tercer piso.

Subía los primeros escalones cuando se tropezó con Callowan.

—¿Va a salir, míster Kiley? —preguntó.

—Sí, Callowan. No prepare comida ni cena para mí, ya que no sé cuándo volveré. Me llevo conmigo a *miss* Morgan.

Callowan hizo un gesto extraño con los ojos.

—¿*Miss* Morgan...?

—La doncella, Callowan. Ella no volverá más por aquí.

No esperó respuesta.

Siguió subiendo, y tres minutos más tarde, Kiley llamó al dormitorio de Betty mientras, abajo, Callowan quedaba sumamente pensativo.

Betty abrió la puerta cinco minutos después. Le miró.

Sí; era el mismo de siempre. Tal vez más siniestro con el sombrero y el impermeable. Más mortífero.

Desde luego, aquélla era la palabra que le cuadraba mejor.

Betty hizo esfuerzos por no estremecerse. Forzó una sonrisa que le salió estupenda y preguntó:

—¿Se marcha, míster Kiley?

—Nos marchamos, querida.

—¿Que...?

—Voy a llevarte a tu casa. De paso, y en agradecimiento a este servicio, deseo que me enseñes tu apartamento.

Ella comprendió al instante.

—Piensa registrarlo también, ¿verdad?

Kiley no negó ni afirmó. Se limitó a replicar fríamente:

—Te espero abajo, nena. No tardes.

Dio media vuelta y se perdió escaleras abajo. Betty le siguió con la mirada hasta que dejó de verle en el primer recodo de la escalera.

Media hora más tarde, ambos en el automóvil, un «Cadillac» último modelo, avanzaban velozmente por la carretera Veintiuno en dirección a Nueva York. Y tres horas después, el ascensor los dejaba frente al apartamento de ella.

Lo mismo que hizo con el teniente Harrison, Betty le dio las llaves a él. Kiley las tomó mirándola a los ojos. Se había dado cuenta del leve temblor que ella tenía en las manos.

—¿A qué tienes miedo, Betty? —preguntó.

—Yo... yo... Abra, míster Kiley. Se lo diré dentro.

Él abrió.

Después se apartó a un lado para dejarla pasar. Betty lo hizo, encendiendo de paso todas las luces. Luego, y una vez en el «*living*», lo enfrentó.

—Encontré un cadáver, míster Kiley. Un hombre asesinado en mi cuarto de baño. Fue... la noche antes de que Ethel... En fin, el sábado por la noche, alrededor de las nueve o nueve y media.

Kiley atravesó la estancia. Fue al cuarto de baño llevando a Betty detrás.

Después de lanzar una rápida y eficaz ojeada, volvió el rostro para mirarla.

—¿Dónde estaba el cadáver?

Ella lo señaló con el brazo extendido.

—Ahí mismo, míster Kiley —respondió.

—¿Podrías describírmelo?

Ella asintió con la cabeza y lo hizo.

—¿Por qué no me dijiste antes nada de esto?

La réplica de Betty fue mordaz en extremo:

—Porque no creí que importara ni poco ni mucho, míster Kiley.

Aún ahora no estoy muy segura de ello. Si no, ¿quién es usted?

—Dan Kiley, ricura.

—Eso ya lo sé. Me refiero a lo otro, y usted lo sabe.

—No hay «otro». Simplemente Dan Kiley, y nada más, querida.

—Sí, puede que sea mejor así.

Regresaron al «*living*».

Parada en el centro del mismo, Betty, mirándole, formuló una pregunta:

—¿No piensa registrar mi apartamento, míster Kiley? Le advierto que en él encontrará cosas interesantes.

—No lo dudo. Pero por ahora, todo mi interés se relaciona contigo.

—Muy galante. ¿Me va a hacer el amor?

—No lo sé. Tal vez me decida a perder un poco de tiempo contigo. ¿Por qué no me das algo de beber, para que me entone, si verdaderamente te interesa?

Betty entornó los ojos. Por su bien dibujada boca pasó una tenue sonrisa. Luego le hizo un pícaro guiño y replicó:

—¡Vaya! El hombre duro se deja prender por los hechizos de una mujer.

Antes de que Kiley lograra replicar, dio media vuelta y acto seguido empezó a manipular en el interior del mueble-bar.

Cuando se volvió, llevaba en las manos sendos vasos de *whisky*. Se acercó contoneándose, felina, peligrosa, con una invitadora sonrisa en los labios.

Kiley clavó los ojos de manera insistente en ellos cuando Betty se detuvo a escasas pulgadas de su cuerpo. Su perfume le hirió el olfato.

Betty se inclinó, aumentando su hechizo con aquella nueva postura.

¡Diablos! ¡Una mujer que se parecía a Marilyn Monroe!

En todo. Menos en la cara y en el pelo.

Aquella era Betty Morgan.

Kiley siguió pensando mientras Betty, calladamente, le ofrecía uno de los vasos.

Bebió mirándola, y ella se sentó en el sofá, extendiendo las largas y bien torneadas piernas.

Lo apuró de un trago, luego lo dejó en la mesita ratona y fue hacia ella.

—¡Oh! Dan...

La tuvo en sus brazos en contados segundos.

—Tendré que hablar con mi jefe, Dan... —Fue lo que dijo antes de que Kiley cerrara su boca con un beso.

CAPÍTULO VIII

La mujer vestía una bata de casa, abierta.

Miró al visitante de pies a cabeza.

Siniestro, peligroso, bajo su aspecto elegante. El ala del sombrero casi cubriéndole el rostro, las manos metidas en los bolsillos del impermeable negro.

Preguntó antes de que ella lo hiciera:

—¿Es usted Ethel Lorraine?

Ella replicó:

—Me llamo Olga. ¿Quién es usted? ¿Un picapleitos, un «poli»...? Sea lo que sea, sólo puede ser un fisgón. ¡Largo de aquí!

Intentó cerrar la puerta. Kiley metió el pie entre ésta y el marco. Luego empujó.

Sabía cómo tratar a aquella clase de mujeres. Por eso lo trizo sin remordimiento alguno de conciencia. La llamada Olga lanzó un grito de gatita sorprendida, dio un par de traspies hacia atrás y luego se sentó en el suelo, levantando las piernas hacia el techo.

Kiley parpadeó como deslumbrado. Pero aun así, sus movimientos fueron medidos, rápidos y seguros. Primero cerró la puerta a su espalda, y luego fue hacia ella.

Olga se estaba levantando ya, con un brillo maligno en los ojos. Kiley la dejó hacer. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación, y no se sorprendió cuando ella gritó, antes de lanzarse contra él, con las uñas engarfiadas:

—¡Maldito...!

Como las garras de un gavilán.

No llegó a tocarle. Kiley la sujetó por una muñeca, y luego, de un revés con la mano derecha, la lanzó contra el sofá.

Toda la furia de ella se esfumó por encanto.

—Escucha, nena —dijo avanzando de nuevo, para detenerse cuando rozaba la maravilla que tenía por piernas—. Vengo del

«Metropolitan Club», ¿entiendes? Fui allí a confirmar las señas de Ethel Lorrigan. La persona que me las dio no me merecía confianza. Pero decía la verdad. Si tú no eres esa... ¿dónde está ella?

—¡Lárguese de aquí, perro! ¡Váyase o empiezo a gritar!

Kiley dio otro paso y ella se asustó, tanto de su actitud como del brillo de sus ojos, donde no había piedad alguna.

Luego, de una forma repentina, dio media vuelta y se alejó hacia el mueble-bar. Olga agrandó los ojos cuando le vio llenarse un vaso, con toda frescura, del mejor *whisky* que tenía.

—¡Oiga! Pero ¿qué se ha...?

Se puso en pie.

Kiley la miró de nuevo.

—¡Siéntate, encanto! —dijo fríamente, atajándola—. He venido a por las señas de la Lorrigan, si es que ya no vive aquí. En el «Metropolitan Club» me dijeron que tú eres la única que lo sabes. De manera que suéltalo.

Bebió un sorbo y añadió:

—Cuando acabe este vaso de *whisky* quiero saberlas. Si no es así, haré algo contigo que recordarás durante mucho tiempo. Y no lo sentiré, nena.

Ella vaciló.

Peligroso. ¿Quién era?

Un «poli» no se hubiera presentado así. Entonces, ¿quién?

—Escucha —dijo, tuteándole también—, ella vivía aquí, pero se marchó.

—¿Cuándo?

—El domingo pasado. Dijo que no volvería. No me dio sus señas.

Fue algo visto y no visto. Al parecer no se movió. Pero de manera repentina, Olga se vio frente al cañón de una «*Parabellum*» que la apuntaba al pecho.

—Te mataré si no lo dices, querida.

Decía la verdad... En sus ojos se leía el deseo de hacerlo. Olga estaba pálida como una muerta. Abrió y cerró la boca varias veces antes de poder replicar de manera coherente:

—Las... tengo apuntadas ahí dentro —señaló el dormitorio con el brazo extendido—. ¿Puedo ir a buscarlas?

Kiley la miró en silencio durante un largo minuto.

—Iré yo contigo, dulzura —dijo.

Ambos penetraron en el dormitorio de ella. Olga avanzó unos pasos, abrió el armario y metió la mano dentro. La voz fría de Kiley sonó detrás de ella:

—Cuidadito al sacar la mano, preciosa. Sentiría tener que hacerte daño.

No hubo necesidad. Olga sacó la mano del armario, llevando tan sólo un papel doblado. Sin mirarlo, Kiley se lo guardó en el bolsillo. Luego dio media vuelta, salió del dormitorio y se encaminó a la puerta del apartamento.

Cuando llegó a ella, tenía a la mujer detrás. La abrió y se volvió a mirarla.

¡Unas bonitas piernas! ¡Y mejor fachada, claro!

Pero estaba Betty Morgan. Era raro que después de conocer a tantas le pasara a uno aquello.

—Iré esta noche a verte bailar al «Metropolitan Club», ricura — se despidió.

—¡Al cuerno es donde debe irse, bastardo! —Fue la desvergonzada respuesta de ella.

De nuevo frente al volante. Pensando.

Ellos habían sido rápidos. Mucho más de lo que soñara. Habían liquidado a Martel en el apartamento de Betty y luego a su hermano. Ante sus propias narices, y apenas cuando sólo llevaba cinco horas en Nueva York.

Luego estaba lo otro, y aquello era más complicado.

Las señas eran Columbus Circle, pero Kiley vaciló en ir. Aquella Ethel podía no estar ahora en su nuevo apartamento. Podía no estar tampoco en el «Metropolitan Club».

O en el bar de Rivero. Pero podía muy bien estar con ellos.

Ir a Columbus Circle y esperarla en su apartamento antes de que llegara podía hacerlo, pero aquello no le gustaba. Kiley prefería el bar de Rivero, o en todo caso el «Metropolitan». Para ir a sus habitaciones siempre había tiempo.

Se decidió, y enfiló el «Chrysler» hacia la Quinta Avenida sin saber que Ethel Lorrigan estaba en el lugar donde menos podía pensar.

Se encontraba en casa de Betty Morgan. Tendida en el sofá, fumando un largo y oloroso cigarrillo. Con toda la actitud de una gata. Esperando.

Así la encontró Betty cuando abrió la puerta de su apartamento y entró en el «*living*».

Ethel no se movió, no cambió de postura. Simplemente sonrió dando la bienvenida a la muchacha.

Betty quedó aturdida. ¿Cómo había podido entrar en el apartamento?

Dejó el bolso de mano en uno de los sillones y se acercó al sofá, pensando que en la calle no había visto el «Alfa Romeo» color crema.

Mirándola a los ojos preguntó:

—¿Qué haces, Ethel? ¿Cómo has podido entrar?

Ella sonrió, levantó las piernas y se sentó. Replicó, ignorando deliberadamente la segunda pregunta de la joven:

—Esperándote, querida —y agregó en tono áspero—: He venido a por esas cartas.

Betty endureció el gesto.

—¿No crees que es hora de que me digas la verdad?

—¿Qué verdad, Betty?

—La que tú sabes, Ethel, ya que yo no estoy enterada de nada.

Ahora Ethel no sonrió, sino que rió francamente.

—No hay más verdad que ésta, Betty. ¿Me das las cartas?

Ella denegó con la cabeza.

—No tengo nada de lo que tú quieres, Ethel.

Y a continuación, antes de que pudiera replicar, relató todo lo ocurrido en la quinta de los Kiley, para terminar diciendo:

—Una bonita jugada, Ethel. ¿Quieres decirme ahora qué contenían esos papeles?

Ethel estaba ahora en pie, frente a ella, con el hermoso seno embravecido y una extraña palidez en su semblante.

—¿Te burlas de mí, Betty? —preguntó roncamente.

Ahora le tocó sonreír a ella.

—Nada de eso. Los papeles, las cartas o lo que sea, se los llevaron. Eso es todo cuanto sé.

No la creía. Betty no tenía la menor duda de ello. Ethel confirmó sus pensamientos con palabras.

—Eres una mujer muy lista, Betty —dijo—. Por tanto, te voy a dar unas cuantas horas para que puedas pensar. Pongamos hasta mañana a la salida del trabajo. Si para entonces no tienes esas

cartas, cierta pistola con tus huellas digitales irá a parar al Departamento de Homicidios.

Betty soltó un respingo mientras una horrible sospecha penetraba en su cerebro. Después recordó su visita de aquella mañana al teniente Harrison y se estremeció ante el recuerdo del cadáver tendido sobre el mármol de una mesa.

Se estremeció de nuevo al recordar su rostro, con un agujero en la sien.

Sí, era el mismo hombre que asesinaron en su apartamento. No había duda. Pero ¿por qué?

—Estás muy callada, Betty —exclamó Ethel, burlonamente—. ¿Me vas a dar ahora esos papeles?

Betty replicó con una pregunta:

—¿Qué sabes tú de esa pistola, Ethel?

—Que sirvió para asesinar a un hombre, y que le mataron aquí, en tu propio apartamento.

—¿Cómo lo sabes?

Ethel rió.

—Como se saben esa clase de cosas, querida. Como a ti no te importa. ¡Ah! Y si piensas ir con el soplo a la policía, perderás el tiempo, Betty. Aquí nadie nos oye. Por tanto, negaré todo lo que te he dicho —se fue acercando a la puerta—. No te olvides, ricura. Mañana a la hora de la salida de tu trabajo.

Salió.

Betty no hizo nada por impedirlo. Muda, inmóvil, como fascinada, de pie en el centro de la estancia, parecía la estatua de la derrota o la desesperación. No sabía dónde estaban los papeles o lo que fuera. Eso por descontado. Si Ethel o quien fuera mandaba la automática al Departamento de Homicidios, ¿la creería alguien a pesar de haber contado la verdad de los acontecimientos?

¿La creería el teniente Harrison, una vez en posesión de aquella prueba tan abrumadora?

Cierto que se había comportado bien con ella cuando identificó el cadáver de aquel hombre, pero ¿estaba segura de que no sospechaba de ella?

En el mueble-bar, Betty se preparó un combinado, que bebió de un trago. Luego recordó a Kiley.

Dan Kiley, el hombre siniestro de la carretera Veintiuno.

Recordó eso y todo lo ocurrido. ¿Recordaría también él?

Betty se estremeció. Pero ahora no fue de miedo. Ahora fue pensando en que tal vez Kiley no recordara.

Pausadamente se acercó al teléfono y empezó a discar, pero en ninguna parte le dijeron dónde podía encontrarse en aquellos momentos.

CAPÍTULO IX

El bar de Rivero.

Allí estaba, tal y como lo recordaba de antaño. Kiley se apeó del «Chrysler» y entró.

No, no había cambiado mucho Michel Rivero desde la última vez que le vio.

Estaba vuelto de espaldas, rebuscando entre las botellas de la estantería algo que seguramente le había pedido la superpelirroja que había sentada en uno de los altos taburetes. Piernas magníficas, medias de nylon y encajes blancos de igual calidad.

Y bien relleno el nylon de las piernas. ¡También de la mejor calidad!

Kiley avanzó. Se subió a otro taburete y dejó de mirar a la pelirroja, para examinar a Rivero, que en aquel entonces se volvía.

Le miró de pasada, llevando una botella en dirección a aquel portento pelirrojo. Súbitamente pareció reconocerle, puesto que se detuvo en seco. Kiley notó que se envaraba, y vio cómo después de una ligera vacilación continuaba andando hacia donde la pelirroja permanecía sentada, ahora mirándoles extrañada a los dos, como si adivinara algo.

Rivero terminó de servirla y luego fue silenciosamente a colocarse frente a Kiley.

—Bienvenido a mi casa, míster Kiley —dijo a guisa de saludo.

Aquello no era verdad, y Kiley lo sabía.

Sonrió.

—Ponme un *whisky* doble, Rivero —dijo por toda respuesta—. Luego hablaré contigo.

El «gangster» no replicó. Se volvió, tomó otra botella y la puso sobre el mostrador, junto con un vaso.

—Usted dirá, míster Kiley.

Kiley bebió un par de sorbos antes de replicar:

—Un par de preguntas nada más, Rivero. Me alegraré que contestes la verdad. Me alegraré por ti, ¿entiendes?

—No puede obligarme a ello ni amenazarme, míster Kiley. Ahora soy honrado. Creo que eso le consta a usted.

Kiley no contestó al pronto. Siguió bebiendo. Cuando mediaba el vaso le miró a los ojos.

—Una pregunta o un par de ellas sobre un cliente tuyo, Rivero. Una persona que de vez en cuando viene por aquí.

—Entran tantos al cabo del día que no sé si...

—Ya lo sé —atajó Kiley—. Pero esta tienes que recordarla... También estoy seguro de que sabes su nombre. Se trata de Ethel Lorrigan.

—¿Morena...?

—Escucha, Rivero. Voy corto de tiempo. ¿Entiendes? Eso quiere decir que no pienso perderlo contigo. Será mejor que contestes la verdad. Sabes que te conozco demasiado. Mejor que tú quisieras. Puede que el

F. B. I.,

el Departamento de Represión de Narcóticos e incluso la Metropolitana hayan olvidado algunas cosas, pero yo no. Empieza a cantar, si no quieres que salgan a la luz. Es por tu bien, Rivero. ¡De verdad! —sonrió, inquiriendo—: ¿Conoces a esa mujer?

Rivero estaba pálido. En lo más profundo de sus pupilas brillaba el odio que en aquel momento sentía por Kiley. Éste lo vio, supo leer en ellas, pero no hizo caso. No era el momento.

—Viene aquí algunas veces, míster Kiley —replicó con voz ronca—. Unas completamente sola, y otras en compañía de una muchacha que trabaja aquí cerca. Se llama... ¡Ah, sí! Betty Morgan.

—Sé eso. Me interesa el acompañamiento masculino.

—No sé nada. Le digo la verdad, míster Kiley... Cuando esa chica ha venido, y me refiero a la Lorrigan, nunca lo ha hecho acompañada de un hombre. Puede... —vaciló un poco—. Puede que en el «Metropolitan Club» le informen mejor que yo. Ella lo frecuenta más que esta casa.

También sabía eso Kiley, pero prefirió callar.

El «Metropolitan», en la Sexta Avenida.

Uno de los clubs más elegantes y más caros de Nueva York. La amiguita de Betty Morgan, al parecer, gastaba bastante dinero.

Ahora hacía falta encontrarla a ella y al mirlo blanco que lo pagaba.

Kiley sonrió duramente. Enfrentó a Rivero y habló con voz fría:

—Escucha, Rivero. Voy a ir al «Metropolitan Club» esta noche. Te lo digo por lo que has supuesto tú. Guárdate mucho de telefonar o poner en guardia a alguien. Eres un tipo al que mataría sin ningún remordimiento de conciencia. Dame un pretexto, por insignificante que sea, y lo haré.

Apuró el contenido del vaso lentamente. Luego se bajó del taburete, fue a la puerta y salió dejando a Rivero con un mal gusto de boca a mil demonios.

La pelirroja le vio alejarse. Luego encaró a Rivero y preguntó:

—¿Quién es ese que acaba de salir?

Rivero pareció despertar de un sueño.

—El mismo diablo, ricura.

Ella rió.

—Me gusta el diablo, Rivero —dijo después—. Por tanto, también yo voy a ir esta noche al «Metropolitan Club».

Rivero soltó un respingo. Luego fue a decir algo, pero ella no le dio tiempo. Se dirigía ya hacia la puerta de la calle, por la que desapareció, mientras Kiley enfilaba el «Chrysler» hacia la Sexta Avenida.

Pensaba en Olga.

Pensaba en que seguramente perdería el tiempo en aquel club, a pesar de conocer algo de las artimañas del gordo y grasiento Al Murdock, su dueño.

Otro «gangster» con piel de cordero.

Pero debía ir. Había prometido hacerlo. Merecía la pena, por ver a Olga y sus piernas, que tan pródigamente mostrara en su apartamento.

Kiley aparcó el coche en un lugar adecuado. Dejó el impermeable en el automóvil, cruzó la acera y pasó por el lado del uniformado portero, que no le dijo una sola palabra en contra.

El local, a pesar de la temprana hora, estaba casi lleno. Algunas parejas bailaban en la pista. Kiley desdeñó las mesas y fue al mostrador. Se acodó en la barra y pidió un *whisky*.

El camarero del mostrador era nuevo; por tanto, no le conocía. Kiley enseñó un billete de diez dólares cuando le sirvió lo pedido y luego inquirió:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

La mirada del camarero se posó en el billete y, después, en el rostro de Kiley.

—Hágala, y veremos si puedo contestarla.

El hombre no se comprometía con aquella respuesta.

—Se trata de una mujer. No está aquí y yo estaba citado con ella.

—¿Quién es? Dígame su nombre y tal vez yo la recuerde y pueda contestarle.

—¡Diablos! ¡Es verdad! Se trata de *miss* Ethel Lorrigan. Sé que viene aquí muy a menudo. ¿Me equivoco? Al menos éste fue el lugar que me dijo.

—No le engañó. Ella trabaja aquí, pero esta noche aún no ha venido.

Kiley se llevó el vaso a los labios. Cuando lo soltó, formuló otra pregunta:

—¿Está arriba Murdock?

El del mostrador se envaró.

—Oiga, amigo —dijo—. ¿No le parece que está haciendo demasiadas preguntas por diez dólares?

Kiley no replicó. Silenciosamente los dejó sobre el mostrador y siguió bebiendo.

La pelirroja también bebía. Con parsimonia. Con los ojos fijos en un punto inconcreto del gran espejo que tenía frente a ella, detrás del mostrador.

Y continuó haciéndolo hasta que el vaso estuvo vacío. Entonces se puso en pie, cimbreado su hermoso cuerpo por entre las mesas y desapareció escaleras arriba.

Kiley siguió bebiendo. Mirando de vez en cuando a la encerada pista. A las mujeres que había en las mesas, a las que bailaban, dándose cuenta de que había formulado mal las preguntas.

Nunca debió decir que estaba citado allí con la Lorrigan, que la conocía, cuando no era verdad. Simplemente debió preguntar por ella, pero en otros términos.

Ahora, si entraba, no lo sabría. ¿Volver a preguntar? Podía despertar sospechas.

Súbitamente sonrió. Abandonó la barra y fue a una de las cabinas telefónicas. Discó el número de Betty Morgan. Ella sí

conocía a Ethel. La haría venir. No le gustaba hacerla servir de cebo, pero no había otra opción, aparte de que tampoco se fiaba mucho de ella.

A pesar de sus caricias.

Cuando salió de la cabina, ambos estaban de acuerdo en lo tratado.

Kiley pensó en un nuevo *whisky* mientras esperaba, pero no le dieron tiempo. Vio a los dos antes de que le abordaran. Pero se hizo el desentendido y siguió hacia el mostrador.

—Buenas noches, míster Kiley.

Se detuvo y luego se volvió.

Frank Miller y Delano Forrester.

Dos sicarios. Dos gorilas al servicio de Murdock.

—Hola, Miller —replicó con absoluta tranquilidad—. ¿Se divierte con los negocios sucios de Murdock?

Ambos crisparon el rostro. Pero fue solo un segundo. Seguro que obedecían órdenes concretas de su jefe.

—Venga con nosotros, míster Kiley. ¿Quiere? Míster Murdock le está esperando.

—¡Caramba! ¿Y desde cuándo el gran Murdock se muestra tan cortés con una persona? Siendo así, y pidiéndomelo de esa forma tan correcta, no tengo más remedio que aceptar. Vamos.

Forrester tendió la mano derecha con la palma hacia arriba.

Kiley interpretó el gesto y rió quedamente.

—¡Oh, no! Eso sí que no. Si quiere recibirme, llevaré mi pistola. Si no... —Kiley se encogió de hombros—, yo no tengo ningún interés en verle.

Los dos «gangsters» se consultaron con la mirada.

—Está bien, míster Kiley. Suba con nosotros.

El despacho.

Grande, amueblado con un lujo detonante, que decía poco en favor sobre los gustos de Murdock.

Detrás de la enorme mesa, llena de papeles, el jefe estaba sentado. Sonrió de oreja a oreja, mostrando una perfecta y fuerte dentadura. Pero Kiley no le miraba a él, sino a la pelirroja que había sentada en un pico de la mesa, con la falda muy por encima de las rodillas.

En la misma actitud que un diablo con faldas.

Kiley tardó en reconocerla un escaso segundo. Luego se volvió a mirar a Murdock.

—¿Y bien, Murdock?

El «gangster» sonrió, señalándole uno de los sillones.

—Siéntese, míster Kiley —replicó.

Kiley lo hizo y entonces Murdock añadió:

—Mi chica me dijo que andaba haciendo preguntas sobre una de mis empleadas. ¿Puedo ayudarle en algo, míster Kiley?

—¿A qué tiene miedo, Murdock?

—¿Yo...?

El rostro del «gangster» expresaba furia. Había pasado de la más absoluta tranquilidad, a ella, en menos de un segundo. Para ello había bastado aquella sencilla pregunta de Kiley.

—Responda: ¿a qué puedo tener miedo yo?

Kiley sacó un paquete de cigarrillos, eligió uno, lo encendió y lanzó una bocanada al techo.

—A verse complicado en uno o varios asesinatos, Murdock —respondió, con entera calma.

CAPÍTULO X

El silencio fue tenso durante unos cuantos minutos. La voz de Murdock sonó ronca al preguntar:

—¿Qué mochuelo trata de cargarme, míster Kiley?

Él replicó con otra pregunta:

—¿Dónde está Ethel Lorrigan? Según tengo entendido, esta noche no ha venido.

—¡Y a mí qué diablos me pregunta!

—Escuche, Murdock —replicó Kiley, fríamente—. Yo sé dónde puedo encontrar a la chica, si es que no se ha vuelto a mudar de apartamento. Ethel Lorrigan está complicada en dos asesinatos por lo menos, y en el robo de algo que no le diré. Ella trabaja aquí. Pudo muy bien obedecer órdenes tuyas, Murdock. Esto es lo que estoy tratando de averiguar. Si es así, irá a la silla eléctrica. Hombres como usted sobran en Nueva York.

El rostro del «gangster» tenía un color ceniza, pero no se atrevía a hacer nada. No se atrevía tampoco a ordenar nada a sus guardaespaldas. Kiley era todo un personaje. Pesaba demasiado.

—Me va a hacer perder la paciencia, míster Kiley —advirtió—. Lárguese ahora que puede.

—Lo haré enseguida, si bien le recuerdo que no fui yo quien pidió verle. Pero, antes, ¿qué hay de esa chica?

—Nada. Nada que yo sepa. Es una de mis mejores cantantes. No me pida más detalles, porque a mí no me importa ni poco ni mucho la vida privada de mis empleadas. No soy un entrometido como usted.

—De acuerdo, pero no olvide lo que le he dicho, Murdock. Hasta ahora sus burlas a la Ley le han salido bien. Procure seguir así, aunque yo lo sienta... ¿Quiere mirar a ver si ha venido?

—No ha venido aún... No la ha visto nadie desde anoche.

Kiley se puso en pie.

—No olvide mi consejo, Murdock —dijo a guisa de despedida. Cuando dio media vuelta para alejarse, el «gangster» barbotó:
—¡Lárguese al cuerno, míster Kiley!
Salió.

La mirada de los dos «gangsters» se clavó en su espalda. Luego siguió un extraño silencio. Miller fue hacia la puerta. Murdock le atajó:

—¿A dónde vas, Miller?

El esbirro soltó una maldición y se volvió para mirarle.

—Ese cochino fisgón... —empezó.

Murdock le atajó con una corta y seca carcajada.

—¡Déjale, Miller! Éste no es el momento.

—¿Entonces...?

—Desde luego hay que hacer algo. Pero no ahora. No aquí dentro, ¿comprendes?

Se miraron los cuatro, incluyendo a la mujer.

Olga estaba en la pista.

Esto fue lo primero que vio Kiley cuando reapareció en la espaciosa y lujosa sala.

Horacio Gale también estaba allí. Junto a Betty Morgan.

Kiley les vio después de admirar las piernas de Olga y fue hacia ellos.

No saludó, no dijo nada. Simplemente la miró largamente. Ella le tendió las manos y se volvió hacia su acompañante.

—Horacio Gale —presentó—, un buen amigo —se volvió hacia él y añadió—: Dan Kiley.

Nada más.

Ambos se estrecharon la mano, y después de los saludos de rigor, ella añadió:

—Encontré a Gale aquí, Dan.

Y le sonrió.

Kiley estudió al hombre.

Alto y fuerte. Rubio, ojos pardos y mentón cuadrado. Se tocaba con un sombrero gris, igual que el traje que llevaba, indudablemente hecho por uno de los más famosos sastres de Nueva York.

—¿Suele venir mucho por aquí, míster Gale? —preguntó.

—¡Oh, no! Alguna vez que otra.

—Se lo decía porque tengo interés en ver a una mujer. Ethel Lorrigan. ¿La conoce acaso?

Gale frunció el entrecejo. Luego miró a Betty:

—¡Claro! Es una de las mejores cantantes de este club. Betty también la conoce. ¿No es verdad, encanto?

El «encanto» no lo era en aquel momento.

Sin saber por qué, a Betty no le gustó que Gale la tratara con aquella familiaridad, que, por otra parte, siempre había empleado con ella.

Estaba enfadada. Kiley lo advirtió en sus ojos. Luego los volvió de nuevo hacia Gale.

—No la conozco —explicó—. Me han dicho que no ha venido esta noche.

Gale paseó la vista por la ahora abarrotada sala.

—No, en la sala no está —dijo al cabo de unos momentos—. Como no esté en su camerino... ¿Quiere que vaya a ver?

—No; gracias, míster Gale. Preguntaré al camarero.

Hizo una seña y éste se acercó. Reconoció en el acto a Kiley y frunció el ceño.

—¿Qué desea, señor?

—Nada, me marcho ya. ¿Ha venido *miss* Lorrigan?

—No. Aún no, y es extraño. Todas las noches, a estas horas, ya suele estar aquí.

Kiley dio las gracias y encaró a Betty.

—¿Nos vamos, ricura?

—¡Oh! ¿Qué dirá Horacio si ahora le abandonamos, Dan?

Gale sonrió lleno de simpatía.

—Nada, encanto. Míster Kiley tiene prioridad contigo, ya que él fue quien te citó aquí. Por otra parte, a mí también me están esperando.

Betty bajó del taburete y Kiley prefirió no mirar.

Se despidieron.

Ya en la calle, abriendo la portezuela del automóvil, Kiley preguntó, mientras ella subía:

—¿En qué trabaja tu amigo, Betty?

Ella no replicó, hasta que él puso el motor en marcha.

—No lo sé. Nunca le pregunté. Pero tiene dinero... Se lo he visto varias veces. Además, viaja mucho.

—Es extraño —replicó Kiley, más para sí mismo que para ella.

—¿Qué es extraño, Dan?

Kiley le lanzó una rápida ojeada.

—Que vaya armado, preciosa. Lleva una automática en la funda de la axila.

Betty permaneció callada durante unos minutos.

—Lo mismo que tú, ¿verdad, Dan?

—Sí, pero con su diferencia. ¡Lástima que no ande muy sobrado de tiempo! ¡Me gustaría vigilar a ese Horacio!

Betty no replicó a sus últimas palabras, pero contestó a las primeras:

—No sé si habrá diferencia alguna, Dan. Tú... eres...

—Sinistro, ¿no? —añadió él, en vista de que ella se interrumpía.

—Yo no he dicho eso... —protestó Betty.

Kiley soltó una risita.

—No, no lo has dicho. Pero es lo que piensas. Lo que pensaste el primer día que me viste.

Tanto era así, que Betty miró por la ventanilla del automóvil. En el acto se volvió hacia él.

—¿A dónde me llevas, Dan?

Sonrió.

—A la nueva casa de una amiga tuya, ricura. Al apartamento de Ethel Lorrigan.

—Creí que íbamos al mío —dijo ella con toda frescura.

—Más tarde, encanto. Ahora todo mi interés se centra en poner la vista encima de esa mujer.

Betty quedó pensativa después de aquellas palabras. ¿Debía decírselo o no?

—Estuvo en mi casa, Dan.

Y se admiró del perfecto dominio que él tenía de sus nervios, ya que no se alteró su expresión.

—Cuéntamelo, ¿quieres?

Betty se lo refirió todo, y Kiley no replicó cuando acabó. Simplemente siguió con la vista fija en el asfalto, esquivando con suma pericia el intenso tráfico.

Siempre en silencio, dobló por la primera bocacalle para desembocar casi en el centro de Columbus Circle.

Diez minutos después aparcó frente al número donde vivía Ethel Lorrigan.

Penetraron en el portal, buscando en la tablilla hasta que dio con el nombre de ella. Olga... y sus piernas, diablos.

No había mentido. Ethel Lorrigan vivía allí.

¿Quién sería el mirlo blanco?

Kiley tenía enormes deseos de conocerle. Casi tanto o más que a la propia Ethel.

Subieron en el ascensor hasta el noveno piso. Una vez en el pasillo, Kiley pulsó el interruptor automático iluminándolo. Llevándola del brazo, buscaron la letra C.

Kiley apretó el timbre y esperó. Volvió a apretarlo tres minutos después. Así, hasta tres veces más.

—No está, Dan.

—Tal vez —replicó él, en tono evasivo—. Pero tanto si está como si no, voy a entrar.

Ella le miró.

—Dan...

—Puedes quedarte aquí si tienes miedo.

—No he dicho eso, Dan. Iré contigo.

Kiley se registró los bolsillos. De uno de ellos, Betty vio cómo sacaba un manojo de ganzúas y empezaba a probarlas. Diez segundos después, la puerta del apartamento estaba abierta.

Con la mano en el bolsillo de la chaqueta, donde ahora llevaba la «*Parabellum*», Kiley encendió la luz. Luego atravesó la estancia en dirección al «*living*». Antes de entrar en él se detuvo para escuchar.

Betty hizo lo propio, y le pareció que lo único que se oía era su desacompasada respiración y el latir desenfrenado de su corazón.

Kiley alargó la mano izquierda y tanteó la pared junto al marco. Al cabo de un par de minutos encontró el interruptor y encendió la luz.

Ethel estaba allí.

Caída sobre la espesa alfombra que cubría por completo el suelo del «*living*». Tendida boca abajo, mostrando profusamente sus maravillosas piernas, y vestida sencillamente con un transparente salto de cama, bajo el cual Kiley vio que había muy poco más, como no fuera ella misma.

Estaba muerta.

Lo mismo que su hermano, lo mismo que Martel.

Con un tiro en la sien izquierda, que le atravesaba la cabeza de parte a parte. Betty se llevó las manos a la boca, ahogando el grito que pugnaba por salir de su garganta.

Vaciló y no tuvo más remedio que sujetarse al marco de la puerta. Kiley no vio nada de esto, ya que avanzó hacia el cuerpo para examinarlo detenidamente.

Una automática «Colt» de mediano calibre.

El cuerpo de Ethel no presentaba señales de lucha. Sin embargo, el «*living*» aparecía todo revuelto. Lo mismo que el dormitorio. Por todas partes se veían prendas de ropa, libros tirados por el suelo, los cajones del armario vacíos y los vestidos tirados en el fondo del mismo.

Abiertas las cajas de zapatos, con su contenido desparramado por el suelo.

Kiley escudriñó hasta el último rincón del apartamento. Luego, con el ceño fruncido, encaró a Betty.

—Siéntate en cualquier parte, ricura —dijo—. Pero lejos de aquí.

Ella obedeció sumisa, y Kiley la vio abandonar el «*living*». Entonces fue al mueble-bar, preparó un par de *whiskies* y después se acercó al teléfono. Discó, y durante unos segundos estuvo hablando con el teniente Harrison. Hecho esto, colgó y acto seguido buscó a Betty.

Ella le agradeció el *whisky* con una acariciadora sonrisa.

Kiley se sentó en el brazo del sillón que ocupaba, bebió un trago y la miró.

CAPÍTULO XI

—He llamado a la policía. De manera que pronto estarán aquí. Antes, Betty, antes que lleguen, quiero hacerte unas cuantas preguntas.

Ella bebió también, y luego puso su mano en la muñeca de Kiley. Él entrecerró los ojos al conjuro del suave y ardiente contacto.

Una mujer como ella. Una mujer que se parecía a Marilyn Monroe, en todo menos en el pelo y en los ojos, aunque también era rubia.

Divagaba, y eso no estaba bien.

Kiley hizo un esfuerzo por encauzar de nuevo sus ideas, y ella, inconscientemente, le ayudó.

—Puedes preguntar lo que desees, querido.

—¿Hace mucho que conoces a Horacio Gale?

Betty abrió los ojos hasta el paroxismo.

—Sí, bastante —replicó—. ¿Por qué?

—¿Sabes quién era el cadáver que encontraste en tu apartamento?



—¿Sabes de quién es el cadáver?

—No —replicó ella, preguntándose de paso a dónde querría ir a parar—. No le había visto en mi vida.

Kiley arrugó el entrecejo. Tal vez pensaba si ella estaba diciendo la verdad.

—Se llamaba Martel. Dick Martel, Betty. ¿No te dice nada este

nombre?

No, no le decía nada. Betty lo manifestó así llena de curiosidad, y luego inquirió:

—¿Quién era Dick Martel, Dan?

—Eso no importa ahora. Pero, mira, yo razono así, y no preguntes por qué, ya que no sé si puedo decírtelo o no. Martel buscaba algo y fue a tu apartamento. No sé si creía que lo tenías tú o que podías tenerlo según tus relaciones. Estando registrando le mataron. Después asesinaron a mi hermano, tal vez por lo mismo. En ambos casos estaba mezclada esa mujer —y Kiley señaló con gesto vago hacia el interior del *«living»*—. ¿Comprendes? Horacio Gale, al parecer, tiene mucho dinero. No se le conoce ocupación fija. Viaja entre otras cosas, sobre la que destaca su relación con Ethel Lorrigan, asesinada esta misma noche.

»Cosa rara también, Betty. Horacio Gale lleva pistola donde la podría llevar un “gangster” o un policía. En la funda de la axila izquierda. Gale también se relaciona contigo. Otra persona mezclada en esto, aunque por el momento todo hace presumir que incidentalmente. Ahí es adónde voy a parar, ricura. ¿Coincidencias? ¿Caprichos del Destino?

Kiley la miró. Betty no parecía enfadada por la alusión. Se mantenía seria, pero no era porque sus palabras lo hubieran motivado.

Kiley tuvo la seguridad de ello cuando la oyó decir:

—Pero... ¡Dan! ¡Eso no puede ser! Horacio Gale es un buen chico. ¡Es... uno de los mejores amigos de mi jefe!

Kiley no replicó. Permaneció en silencio varios minutos, al cabo de los cuales preguntó:

—Tu jefe es dueño de una casa de importación y exportación, ¿no? Al menos creo que eso fue lo que me dijiste.

—¡Dan! ¿Qué tratas de insinuar? Pero sí... es el mejor hombre del mundo. Tú estás...

—Tratando de atar cabos, Betty. Esos hombres, y al decir esos tal vez entre tu jefe en la partida, cosa que aún no sé, están buscando unos papeles. Los mismos que buscabas tú en mi despacho —ella se sonrojó intensamente, pero Kiley no la miraba—. Alguien se los llevó. Confieso que hasta ahora estaba dando golpes de ciego.

—¿Ahora no?

—No, Betty. Ahora no.

Ella vaciló unos segundos.

—¿Quién eres tú, Dan? —preguntó al fin.

—El hombre que trajo esos papeles de Chicago, ricura.

Se puso en pie y apuró de un trago el contenido del vaso. A lo lejos se oía el ulular de las sirenas. Quince minutos después, Kiley franqueaba la puerta al teniente Harrison y a los que venían con él.

Harrison entró bufando. No saludó, aunque lanzó una mirada de soslayo a Betty. Tan sólo preguntó, dirigiéndose a Kiley:

—¿Dónde está el fiambre?

Kiley señaló en dirección al «*living*», regresó al brazo del sillón y a partir de aquel momento se desentendió del trabajo policial. Éste acabó dos horas más tarde, y cuando eran las doce y media de la noche. Entonces Harrison, como la vez anterior al quedar solo, fue hacia él.

—¿Qué me dice de esto, míster Kiley? —preguntó.

—Siéntese primero, teniente.

Lo hizo frente a él, arrastrando uno de los sillones... y se miraron los tres.

—Puedo decirle algo, teniente. Pero muy poco, aunque antes necesito de usted. ¿Quiere dar a sus hombres órdenes concretas para que vigilen a Murdock y a un tal Horacio Gale? Betty le dará a usted sus señas. Necesito saber lo que hacen en todo momento. Recorra a sus mejores hombres, teniente.

—Lo haré. Pero ¿por qué Murdock?

—Escuche, teniente Harrison. ¿Recuerda a Fel Mac Graham?

—Sí, pero no veo...

—Ahora lo verá. Fel Mac Graham era socio y consejero de Murdock. Al cabo de cierto tiempo surgieron desavenencias entre ambos. Mac Graham se largó a Chicago. Según dicen, con un buen botín... Se llenó los bolsillos con los dólares de Murdock. Repentinamente, cuando todo le sonreía en Chicago, el Departamento de Narcóticos del

F. B. I.,

recibió un paquete con pruebas suficientes para mandarle a la silla eléctrica.

»Mac Graham fue detenido, juzgado y condenado a la cámara de

gas. Varios miembros del

F. B. I.,

antes de que le ajusticiaran, hablaron con él y lograron convencerle. Cantó de plano. Firmó unos documentos con listas y nombres de los componentes de un “gang” dedicado al tráfico de estupefacientes. Esos documentos entraron en Nueva York en un sobre azul, lacrado, y dirigido al Departamento de Narcóticos. Los documentos han desaparecido. ¿Comprende?

—Sí. Por tanto, sólo cabe pensar que alguien que se dedicó a ello, o se dedica, enterado de esto, se los robó a usted.

Harrison le miró con gesto suspicaz, y Kiley dio la respuesta a lo que estaba leyendo en sus ojos.

—Sí, teniente Harrison. Puestas las cosas así, es la mar de sencillo. Un sobre cerrado con lacre, y de cuyo contenido yo no sé nada, ya que nada se me dijo. Me refiero a nombres y demás cosas. Por tanto, para investigar a fondo, yo tendría que ponerme en contacto con el Departamento de Narcóticos de Chicago. Pero no puedo hacerlo, teniente. No puedo es mucho decir —agregó al cabo de una corta pausa—: No debo, sería la frase justa. A nadie le gusta confesar su propio fracaso.

Harrison comprendía los razonamientos de Kiley. Se puso en pie al darse cuenta de que éste ya no diría nada más.

—Me pongo a trabajar ahora mismo —dijo. Dio dos pasos hacia la puerta y se volvió a mirarle—: También está Martel, ¿verdad?

—Sí. Martel sabía algo. Eso es indudable. Vino de Chicago en misión especial. Como una avanzadilla. Con la misión de vigilar a algunos elementos que estaban en la lista. ¡Y le mataron!

Harrison no dijo nada. Se despidió con un gesto y desapareció definitivamente. Kiley dejó sola a Betty. Fue cuestión de unos cuantos minutos, al cabo de los cuales regresó con dos nuevos vasos de *whisky*. Bebieron en silencio hasta dejarlos vacíos, y entonces él abandonó el brazo del sillón.

—Vamos, ricura —dijo—. Te dejaré en casa.

El trayecto hasta la casa donde vivía ella lo hicieron en el más completo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Kiley aparcó el «Chrysler» y abrió la portezuela para que Betty bajara. Después descendió él.

La muchacha, con las llaves en la mano, atravesó la acera. Metió

una de ellas en la cerradura del portal y se dispuso a hacerla girar. En aquel momento Kiley se lanzó sobre ella, derribándola al suelo.

Betty gritó mientras la bala, surgida del interior de uno de los oscuros portales, se empotraba en la madera del marco de la puerta con seco chasquido.

Kiley, una vez en el suelo, se apartó rápidamente de Betty, llevando ya la «*Parabellum*» en la mano. Dos sujetos había en la calle silenciosa y vacía. Dos perros de presa que avanzaban hacia ellos con las automáticas en la mano.

Kiley vio el fogonazo y rodó hacia un lado. El proyectil levantó chispas en la acera, donde segundos antes estaba su cuerpo.

No esperó a más y disparó.

Uno de los forajidos rodó por el suelo con la cabeza taladrada de parte a parte. El otro se dobló por el centro, lanzó un grito agónico, dejó caer la «Magnum» que empuñaba y luego la siguió de cabeza.

Betty, pálida como una muerta, se puso en pie. Kiley avanzaba ahora hacia los dos cadáveres. Se inclinó para examinarles, y entonces ella miró a otro lado, incapaz de resistir el espectáculo.

En aquel momento vio el automóvil que, con los faros apagados, acababa de doblar la esquina. Durante unos segundos permaneció mirándole, hasta que su subconsciente le avisó: «Peligro».

—¡Cuidado, Dan!

El grito coincidió con la arrancada del coche. Kiley se lanzó al suelo y rodó hacia el bordillo opuesto. Fugazmente vio el brillo metálico de los «ukeleles». Casi al instante, las metralletas empezaron a disparar. Por ambos lados del automóvil.

Pero ninguno de los dos estaba ya en pie, puesto que Betty, apenas gritar, se lanzó al suelo como una pelota.

El metal candente pasó por encima de ellos como un alud de muerte, astillando las maderas de las puertas y haciendo saltar el estuco de las paredes.

Kiley, ahora rodilla en tierra, disparó el cargador completo contra el coche que se alejaba.

Antes de doblar la primera esquina, Kiley vio cómo uno de los faros pilotos estallaba en mil pedazos. Suspiró y luego empezó a maldecir en voz baja.

Después, y cuando ya los pitos de la policía empezaban a sonar, fue hacia ella. Betty estaba temblando. Al tomarla en sus brazos se

dio cuenta de ello.

Por tanto, Kiley abrió la puerta, la cerró y, acto seguido, la metió en el ascensor, pensando que su automóvil estaba en la calle y que el teniente Harrison lo conocía demasiado.

Pulsó el botón correspondiente al piso donde Betty tenía su apartamento, y cuando éste se puso en marcha, preguntó:

—¿Asustada?

Ella intentó sonreír.

—Un poco, Dan. Pero es emocionante estar a tu lado.

—¿Quieres decir con esto que...?

—Que no pienso perderte de vista en muchas horas.

—¿Y tú empleo?

—Pediré a míster Heston unos cuantos días de permiso, hasta que acabe esto, querido.

Kiley rió por lo bajo y no replicó.

Siguió callado hasta que ella abrió el apartamento y luego cerró la puerta a su espalda.

Entonces se volvió a mirarla.

—Ven aquí, ricura —dijo.

La tomó entre sus fuertes brazos, y ella se empinó sobre la puntera de sus zapatos de alto tacón, ofreciéndole los labios.

Kiley la besó y, como la vez primera, fue ella la que se separó de él con el seno agitado, falta de respiración, pero cada vez más satisfecha, dispuesta a hacerle olvidar a cuantas mujeres hubiera conocido con anterioridad.

Olvidada por completo de los sucesos ocurridos hacía escasos minutos, y en la misma puerta de su casa. Olvidada de que había estado a punto de perder la vida.

Fueron al «*living*». Ella se sentó en el sofá, se quitó los zapatos, se recostó contra los almohadones con todo el aspecto de un peligroso felino, entornó los párpados y sonrió.

—Trae algo de beber, querido —dijo.

Kiley rebuscó en el mueble-bar, y luego se acercó a ella llevando dos vasos con cubitos de hielo, que sacó del frigorífico, y una buena porción de *whisky*.

Le alargó uno, pero Betty no lo cogió. Se limitó a tomarle a él por la muñeca y tirar.

—¡Oh, Dan! ¿Por qué esto?

Ni él ni ella lo sabían.

CAPÍTULO XII

Encajes y puntillas de nylon. Las medias finas y elegantes, caras y bien rellenas, y las hermosas piernas cabalgando una sobre la otra.

Frente a la puerta de entrada, y la máquina tecleando furiosamente.

Así encontró Kiley a Betty Morgan, horas después de dejarla en su apartamento, ya al día siguiente y sobre las once de la mañana.

Ella dejó de teclear cuando le vio. Abrió los ojos llenos de asombro. Kiley avanzó a su encuentro no deseando mirar mucho bajo la mesita a la cual se sentaba. La tomó de la barbilla y la besó en los labios.

—¡Oh, Dan! —Y después preguntó—: ¿A qué has venido?

El rostro de Kiley se endureció un poco.

—¿Está míster Lionel?

—Sí, Dan —le miró un tanto nerviosa y preguntó—: ¿Quieres hablar con él?

—A eso he venido, gatita.

—Escucha, Dan...

Pero él la atajó con una pregunta:

—Anoche no tuve tiempo de preguntarte, dulzura. Por tanto, voy a hacerlo ahora... ¿Qué sabes de Lionel, además de que se dedica a la importación y exportación?

—Por favor, Dan. Es mi jefe.

—¿No quieres hablar?

—No, Dan; no es eso. Simplemente que no sé nada. Él es un buen hombre. El mejor de los jefes que he tenido —le miró de hito en hito unos segundos y al fin añadió—: Algunas veces, como ahora, Dan, me pregunto si lo nuestro no obedece a un plan que te has trazado de antemano con respecto a mí. Me pregunto si no has buscado el momento propicio para seducirme y, una vez conseguido

esto, utilizarme para tus fines.

Kiley la miró fríamente.

—Entra y pregunta si puede recibirme. ¿Quieres, Betty, o lo hago yo?

Ella se levantó dolida, pero pensando que se había comportado mal con el hombre al que quería sobre todas las cosas terrenas.

Sin contestar nada avanzó hacia una puerta situada al fondo de su despachito, y después de llamar con los nudillos, entró.

Kiley sólo tuvo que esperar tres escasos minutos, al cabo de los cuales ella regresó diciendo desde la puerta:

—Puede usted pasar; míster Lionel le espera... —Y luego, rozándole, añadió—: Estás enfadado conmigo, ¿verdad, Dan?

Kiley no replicó. Se limitó a besarla suavemente en los labios, dio media vuelta y, segundos más tarde, se enfrentaba con Lionel Heston.

Tenía unos cuarenta y cinco años. Las sienes completamente blancas. El resto del pelo, negro, y los ojos extrañamente azules.

Kiley avanzó hacia la mesa, estudiándole de pasada, Lionel Heston. Un importador y exportador, según rezaba en su ficha. Pero había algo más.

Algo en lo que no había pensado. Algo en lo que no pensó hasta aquel momento, y por una extraña y rara asociación de ideas.

—Siéntese, míster Kiley. Póngase cómodo y cuénteme el motivo de su visita.

—Es bien sencillo, míster Heston —replicó Kiley—. Se trata de Ethel Lorrigan.

—¿Ethel Lorrigan...? No veo...

¿Qué hacer? ¿Usarla como cebo?

Podía hacerlo. Pero aquello era darle la razón a Betty.

Pero no tenía otra opción.

—Diablos, míster Heston —dijo lanzándose a fondo, y decidido ya—. *Miss Morgan* me habló de ella y de las relaciones que les unían a ambos —la mirada de Heston se posó unos segundos sobre la puerta que le separaba de Betty—. ¿Cuándo la conoció?

Heston respiraba un tanto desacompasadamente al fijar sus ojos en los de Kiley.

—Creí que mis relaciones con Ethel eran cosa mía y no de la policía, y mucho menos de mi secretaria. Voy a despedir

inmediatamente a esa muchacha.

Kiley no dijo nada en contra de esta eventualidad. En vista de que seguía callado, Heston añadió:

—Sí, la conocí hace tiempo, cuando era una cualquiera, de las muchas de Manhattan Oeste. ¿Comprende? La saqué del arroyo porque me gustaba la chica. ¿Hay algo de malo en ello?

—Nada —lo dijo suavemente, y después disparó la pregunta—: ¿Es muy importante su negocio, míster Heston?

—Mucho... Tengo sucursales en casi todo el continente europeo. En el Brasil, en África, y una en Australia. ¿Por qué?

—Gana bastante, ¿no? —preguntó Kiley...

—Oiga, míster Kiley, ¿puede decirme a qué obedece este interrogatorio? Pago mis impuestos correctamente. El fisco nada tiene en contra mía. Explíquese, ¿me hace el favor?

—No pertenezco al fisco, míster Heston. Verá, me dedico sencillamente al comercio. A la importación y exportación. Pero con estupefacientes, ¿comprende usted ahora?

Heston se puso en pie de un salto. Extendió el brazo señalando la puerta.

—¡Largo de aquí, fisgón! Largo si no quiere... —Llevado de su furia tiró de uno de los cajones y metió la mano en él—. ¡Váyase, pronto!

Cuando la sacó, empuñando una automática de pequeño calibre, se encontró cara a cara con la «*Parabellum*» que empuñaba Kiley.

—Será mejor que guarde su arma, míster Heston —advirtió, fríamente—. Maldito lo que me costaría meterle unas balas en medio de la cabeza. O meterle en la cárcel.

El rostro de Heston estaba ceniciento. Pero era de rabia. De cólera, de furia vesánica que apenas si podía controlar.

¡Y Betty decía que era el mejor hombre que había sobre la tierra!

¡Mujeres! Todas son iguales.

La respuesta de Heston cortó el hilo de los pensamientos de Kiley.

—Tengo licencia de armas, sabueso.

—Pero no para usarlas en contra de la policía, míster Heston.

Kiley le vio vacilar, y luego depositar la automática dentro del cajón. Casi enseguida habló:

—No pienso contestar a ninguna de sus preguntas, míster Kiley. No lo haré mientras no sea en presencia de mi abogado.

Kiley, flemático, sonrió y guardó también su arma.

—¿A qué tiene miedo? —preguntó.

—¡Váyase al diablo, Kiley!

—De acuerdo, me iré. ¿Quiere decirme ahora las relaciones que le unían a Ethel Lorrigan? ¿Era su amante, míster Heston?

Kiley le vio vacilar unos segundos y esperó. Pero la respuesta de Heston distó mucho de ser la que él esperaba.

—No suelo repetir mucho las cosas, míster Kiley —dijo—. Por tanto, puede irse. Si la policía, o el Departamento de Narcóticos, o el

F. B. I.,

tienen algo contra mí, deténgame. Eso es todo.

Kiley sonrió aviesamente.

—Bien sabe que no. Pero puede que lo tengamos a no tardar. Voy a investigar la vida de Ethel Lorrigan desde que andaba en pañales.

Hizo ademán de salir, cuando la puerta se abrió dando paso a Betty.

—Míster Kiley —dijo sin más preámbulo—, le llaman al teléfono. Es el teniente Harrison. Dice que es importante. ¿Le paso la comunicación aquí?

—No, ricura. Hablaré desde tu despacho.

Salió antes de que ella lograra replicar nada. Tomó el auricular que estaba sobre la mesa.

—¿Harrison...?

—¡Diablos, míster Kiley! —Fue la respuesta que obtuvo—. Llevo más de una hora tratando de localizarle.

—Pues ya me ha encontrado, teniente. ¿De qué se trata ahora?

—Han asesinado a su mayordomo. A Callowan —explicó excitado—. Me lo acaban de comunicar. No se mueva de ahí que pasaré a recogerle.

Kiley soltó un reniego nada académico, a pesar de que para él los hilos de la maraña se iban desenredando.

Colgó antes que Harrison lograra decir algo más, y salió sin despedirse de Betty, y mucho menos de Heston.

En el despacho, cuando ella oyó el portazo que dio Kiley, se

volvió en redondo, yendo hacia la puerta. La franqueaba ya cuando Heston la llamó.

—Un momento, *miss* Morgan.

Betty volvió sobre sus pasos. Se detuvo junto a la mesa y le miró.

—¿Qué desea, míster Heston? —preguntó.

—Siéntese, ¿quiere? Deseo hacerle unas cuantas preguntas.

Betty no era tonta. Sabía que las preguntas se referían, naturalmente, al hombre que acababa de salir, a Dan Kiley.

—Usted dirá.

Heston sacó y encendió un cigarrillo antes de pronunciar palabra.

—¿Qué le ha contado a ese hombre, *miss* Morgan?

—¿Yo...?

—No se haga de nuevas, que así no adelantará nada. Ese Kiley me lo ha contado todo.

Betty pensó rápidamente. No sabía lo que Kiley le había dicho a su jefe, pero en aquellos segundos decidió ayudarle, sacar el partido como fuera de la situación. Y puede que lograra averiguar algo importante.

La policía no sospechaba abiertamente de una persona sin motivos justificados. Kiley lo había hecho. Por otra parte, sus razonamientos, las explicaciones que había tenido con ella, pesaban en su ánimo.

—No creí que hubiera nada de malo en ello, míster Heston. De haberlo sabido...

—No, no hay nada de malo. Pero usted nunca debió decirle que yo me relacionaba tan íntimamente con Ethel. Ella ha aparecido asesinada, y no me gusta verme mezclado en eso. En un asunto como éste.

Betty pensó.

¿Con que era eso? Ethel, su amiga Ethel, era la amante de su jefe.

¿Había algo más?

—No lo sabía, míster Heston —balbució.

El hombre no respondió al pronto. Estuvo fumando un par de minutos en el más completo silencio y luego se inclinó sobre la mesa mirándola a los ojos.

—¿Qué más le dijo, *miss* Morgan? —preguntó.

—Nada más. Nada más que eso, míster Heston. Puede creerme. ¿Qué otra cosa podía decirle?

Heston se encogió de hombros.

—Qué sé yo —masculló entre dientes—. Las mujeres, por hacerse interesantes, son capaces de mentir hasta más no poder. ¡Qué sé yo lo que le dijo! Hasta ahora ha sido mi empleada de confianza. A partir de este momento...

Betty se puso en pie con violencia.

—¡Míster Heston!

Él la imitó, poniéndose también en pie.

—Escuche, *miss* Morgan. Sé que es usted bastante amiga de ese polizonte o lo que sea. Es muy posible que su amistad con él se pueda calificar de íntima, ¿comprende? También estoy seguro de que ha intentado sonsacarla con respecto a mí, a mis libros de contabilidad, a mis cuentas con el Fisco... ¡Qué sé yo! ¡Cualquier cosa! ¡Espere que aún no he terminado, *miss* Morgan! —Siguió con énfasis cortando en seco el ademán de ella para hablar—. Queda usted despedida. Puede pasar por Caja donde le abonarán la mensualidad completa y una gratificación de quinientos dólares —hizo una pausa y añadió—: Eso es todo, querida *miss* Morgan.

Si pensaba apabullarla se llevó un chasco. Betty sonreía mirándole.

—Gracias por los quinientos dólares, míster Heston —dijo. Y añadió, ya junto a la puerta—: Pensaré en eso de los libros falsificados, míster Heston. Pensaré en todo lo que me ha dicho. Puede que a Dan le interese esa información.

Salió sin dar tiempo a que Heston contestara.

CAPÍTULO XIII

El «Dodge» del Departamento de Homicidios llegó como un huracán, haciendo sonar la sirena, cuando apenas si hacía cinco minutos que Kiley estaba en la puerta del edificio donde Betty trabajaba.

Sin detenerlo del todo, uno de los agentes abrió una de las portezuelas traseras y Kiley se metió dentro cayendo contra el respaldo del asiento trasero, al lado del teniente Harrison, cuando el conductor apretó el acelerador dando gas.

Madison Avenue quedó atrás en un santiamén mientras el cuenta-millas subía a los sesenta y el tráfico se quedaba detenido a ambos lados de la calzada, dejando el centro de la misma completamente despejado.

Ninguno de ellos habló hasta que enfilaron la carretera veintiuno. Allí el cuenta velocidades alcanzó en contados minutos los ochenta y siguió subiendo.

Fue entonces cuando surgió la primera pregunta:

—¿Quién telefoneó, teniente Harrison?

—Su cuñada, míster Kiley. Dijo que habían encontrado a Callowan asesinado en la leñera. Tenía un...

—Sí —interrumpió Kiley—, el clásico balazo en la sien. ¿No es así?

Harrison quedó silencioso mientras el «Dodge» seguía devorando millas.

Pasaron unos minutos en el más completo silencio, hasta que Kiley se decidió a romperlo.

—¿Averiguaron sus hombres algo, teniente?

Harrison sonrió.

—Esperaba la pregunta —dijo.

—¿Y bien?

—Empezaremos por ese rubio. Por Horacio Gale. El amigo de su

amiguita, míster Kiley. Sólo sabemos lo que usted nos dijo. No trabaja ni se le conoce ocupación alguna. Sin embargo, frecuenta los clubs más elegantes. Lleva siempre muchos dólares en el bolsillo, y, cuando va acompañado de una mujer, ésta es siempre la más cara que puede encontrar.

—Es bien poco.

—Espere que aún hay más. Horacio Gale se relaciona con un tal Heston, que tiene unas oficinas en Madison Avenue, dedicadas a la exportación e importación de productos del país, por diversas mercancías del extranjero. Se les ha visto varias veces juntos. Algunas de ellas acompañados de la asesinada Ethel Lorrigan. He mirado en los archivos, pero su ficha no consta en parte alguna.

Kiley quedó silencioso unos minutos.

—Ese hombre lleva un arma en la axila, teniente. No sé por qué, pero me gustaría saber de qué calibre es y, sobre todo, la marca.

—¿Quiere decir que sospecha de...?

—¿Por qué no, teniente? Es el sospechoso ideal, ¿no lo cree usted así?

Harrison dio la callada por respuesta, con lo que Kiley hizo otra pregunta:

—¿Qué me cuenta de Murdock?

La sonrisa del teniente de la Brigada de Homicidios se hizo amplia en extremo.

—Ahí hay algo que huele a podrido, míster Harrison. Pero antes de eso, he de hacerle una pregunta. ¿Puedo?

—Sí; diga.

—Anoche, cerca de un apartamento que usted conoce, encontramos tres cadáveres. Luego mis hombres los de la Brigada Volante, intentaron detener a un «Chrysler» que iba a toda velocidad. Respondieron con ráfagas de ametralladora, uno de los agentes resultó herido pero de los ocupantes del «Chrysler» no quedó uno para contarlo —Harrison hizo una pausa—. Todos «gangsters» al servicio de Murdock. Tengo a mis hombres distribuidos en los sitios más estratégicos con objeto que no escape, pero antes de mandar detenerle he querido consultar con usted.

Kiley no lo pensó un solo segundo.

—Déjele por ahora, teniente. Hay algo más importante aún. Si él tiene que ver en ello, no escapará.

—Estaba seguro de que diría eso, míster Kiley. Mantendré la vigilancia a toda costa, pero si intenta escapar...

—Deténgale entonces, teniente.

Luego, sin que Harrison preguntara, Kiley procedió a relatarle los sucesos de la noche anterior, así como la intervención en ellos del «Chrysler» que habían capturado después.

Terminó diciendo:

—En cuanto a ese Horacio Gale, conviene que le detenga. Compruebe el calibre de su automática, y si no coincide, le suelta después de darle unas cuantas explicaciones. Si pone el grito en el cielo, yo cargo con la responsabilidad.

—En serio, míster Kiley, ¿cree que es el asesino?

—Sé quién cometió esos crímenes con absoluta certeza. También sé quién le indujo a hacerlos y por qué —declaró Kiley fríamente.

—¡Cuernos! ¿Quién es?

—Permita que me lo calle, teniente. Al menos por ahora. Antes quiero saber qué se ha hecho de esos papeles.

Estaban llegando a la quinta. Por tanto, callaron.

Kiley fue el primero en descender, y después lo hizo Harrison seguido de varios agentes más. Penetraron en ella. En el «*hall*» encontraron a Cora y a Marta, la esposa de Callowan.

Con los ojos llenos de lágrimas esta última se encaró con Kiley.

—¡Míster Kiley! Míster Kiley, ¡me lo han matado! ¡Oh, Dios mío!

Y se echó a llorar encima de su hombro. Kiley, mirando a su cuñada no pudo por menos de pensar que aquélla no era Cora ni mucho menos.

La apartó de sí suavemente.

—Lo siento, Marta —dijo sinceramente. Pero fue por ella—. Créame que lo siento —hizo una pausa—. ¿Dónde está?

Lo sabía, pero había que preguntar algo.

—En la leñera. Y... y no lo hemos tocado, míster Kiley. ¡Oh!

Siguió llorando mientras Kiley daba media vuelta y, seguido de Harrison y los agentes, se encaminaban al lugar.

Estaba allí. Tendido boca arriba.

Con el tiro en la sien. Debajo de la cabeza había un pequeño charco de sangre.

—¡Infiernos! —masculló Harrison—. Si le pongo las manos encima a ese cerdo...

Kiley no replicó. Dio media vuelta y emprendió el camino de regreso al «*hall*». Antes de llegar a él, le alcanzó Harrison.

—La ambulancia y el personal técnico vienen detrás —explicó sin que viniera a cuento—. Les mandé aviso antes de recogerle a usted.

Kiley no replicó. Miraba ahora a las dos mujeres, que, silenciosas, permanecían sentadas en sendos sillones, mirándole también.

Kiley se encaró con Marta.

—¿Cuándo le encontró?

—Hace tres horas, míster Kiley.

Consultó su reloj de pulsera y siguió preguntando:

—Es la una, Marta. Por tanto, usted descubrió el cadáver sobre las diez, ¿no?

Ella asintió con la cabeza y después añadió:

—Sí, creo que fue a esa hora poco más o menos. Recuerdo que miré el reloj al pasar cerca de la cocina. Me extrañó que él no estuviera allí y bajé. Es... es espantoso. Primero míster Jimmy y ahora...

De nuevo la ahogaron los sollozos.

Kiley sintió piedad de ella, pero no tenía más remedio que seguir preguntando.

—¿Oyó algún ruido? ¿Algo extraño? Contesté, pero antes piénselo bien. Es importante.

—No, nada —replicó ella después de unos minutos de silencio—. Nada, míster Kiley. Todo parecía normal.

Pero no era así.

Harrison, que permanecía en silencio mientras sus hombres trajinaban en la leñera, intervino para decir:

—Voy a dar las órdenes oportunas para la detención de ese sujeto. ¿Puedo utilizar su teléfono, míster Kiley?

El sujeto en cuestión era Horacio Gale.

Kiley asintió con un gesto, y minutos más tarde Harrison apareció ante ellos.

—Ya está. No escapará, al menos sin contestar a algunas de las muchas preguntas que pienso hacerle.

Podía ser verdad.

Podía no escaparse como Harrison afirmaba. Y estaba satisfecho.

Aunque mucho más lo hubiera estado de haber visto el «Alfa Romeo» color crema, que salió de detrás de un espeso seto, segundos después de que ellos llegaran a la quinta, para, a velocidad suicida, alcanzar la carretera veintiuno, camino de Nueva York.

Más que este hecho en sí, al teniente Harrison le hubiera gustado saber quién era la persona que le conducía.

Pero no lo sabía. Tampoco podía sospecharlo. Por tanto, Harrison sentíase satisfecho de lo que acababa de hacer. Sabía que era difícil, por no decir completamente imposible que Horacio Gale escapara de las redes que en aquel momento empezaban a tenderse contra él. Y mucho menos mediando en ella una organización Federal como el

F. B. I.

Harrison pensaba ahora...

¿Sería verdad que Kiley había descubierto la personalidad de aquel asesino, y más que a éste a la poderosa cabeza que le movía?

¿Murdock, quizá?

A juzgar por lo ocurrido con el «Chrysler» la noche anterior, todo parecía indicarlo así.

Pero también estaba aquel condenado Horacio Gale. O Betty Morgan. También podía ser Heston, el jefe de ella. O Rivero.

Todos podían serlo, o ninguno.

Harrison pensó en aquellos papeles. En aquellas listas que ponían al descubierto una temible organización que traficaba en estupefacientes. Heston, con su negocio legal, podía encubrir aquello tan enormemente sucio. No le costaría mucho trabajo traficar con opio, marihuana o cocaína, llevándola camuflada entre la mercancía legal.

¿Sospechaba Kiley dónde podían hallarse?

No lo sabía. Como tampoco sospechaba que iba a enterarse a no tardar.

Por eso, su sorpresa fue mayúscula cuando uno de sus agentes entró en el «hall» llevando un abultado sobre azul, lacrado y dirigido al Departamento de Narcóticos en el

F. B. I.

No lo vio al principio, pero sí oyó su voz cuando dijo a su espalda:

—Teniente, hemos encontrado esto en la leñera.

Kiley estaba ahora sentado en uno de los sillones, teniendo al lado a su hermosa cuñada. Levantó los ojos y se puso en pie como un rayo.

Antes que Harrison pudiera decir nada, preguntó:

—¿Dónde lo encontró, agente?

—En la leñera, como ya he dicho, míster Kiley. Junto al cadáver de su mayordomo, y debajo de un pequeño montón de leña. Es importante, ¿verdad?

Kiley asintió alargando la mano.

—Sí —replicó distraídamente—. Es importante.

Tomó el sobre y sus ojos fueron a los de Harrison. Éste se preguntó en qué estaría pensando para tener una expresión tan ausente. Pero Kiley no le sacó de dudas.

Luego, Harrison creyó adivinar. Le miró atentamente y estuvo a punto de soltar una exclamación.

¡Diablos! ¡Aquello no podía ser! Tenía que estar loco para pensar una cosa así.

Pero Harrison no estaba loco. Se encontraba cuerdo y muy cuerdo, ya que acababa de adivinar parte de la verdad, aunque no lo sabía.

Repentinamente Kiley abandonó su estado ausente, encaró al policía de uniforme y dijo:

—Buen trabajo, agente. Le felicito, y le prometo que sus superiores tendrán noticias de esto. ¿Quiere acompañarme a la leñera e indicarme el lugar exacto?

—Gracias, míster Kiley. Venga conmigo, se lo enseñaré.

Bajaron.

El cadáver de Callowan estaba ahora cubierto con una manta. Arriba, en la carretera, el aullido de la sirena de la ambulancia imponía.

Abajo, el agente mostraba el sitio exacto donde encontró el sobre. Kiley examinó el lugar palmo a palmo ante la mirada curiosa de los otros.

Luego, fijó sus ojos fríos en el policía.

—¿Ha tocado el sobre alguien más que nosotros dos, agente?

—Me llamo Phil Callender, míster Kiley —hizo una ligera pausa y luego añadió—: No, no lo ha tocado nadie. ¿Por qué?

Pero Kiley no le aclaró este punto. Dio de nuevo las gracias y se encaminó al «*hall*». Antes de llegar a él se tropezó con los policías, el forense y los encargados de tomar las huellas digitales.

Kiley se acercó a Harrison, que estaba hablando en aquel momento con un hombre ya entrado en años. Un experto en huellas. Esperó a que terminaran, y cuando aquél se fue, Kiley sacó un pañuelo del bolsillo, envolvió el sobre y se lo entregó al teniente.

Éste le miró perplejo durante unos segundos. Kiley aclaró la pregunta que leía en sus ojos.

—Quiero que lleve esto al Departamento, teniente. Me interesan las huellas que pueda tener aparte de las de ese agente y las mías.

Por unos segundos Harrison no se atrevió a formular pregunta alguna. Y no lo hubiera hecho de no instarle a ello el propio Kiley.

—¿Por qué no suelta lo que lleva en el buche, teniente?

Harrison le miró con cautela. Podía formular una pregunta, o hacer una afirmación. Sin embargo, optó por la pregunta:

—¿Qué piensa encontrar en el sobre, míster Kiley?

—¿No lo sabe, teniente? —replicó Kiley con ironía—. Pues yo diría que sí —y agregó ahora en tono frío—: Espero encontrar las huellas de mi propio hermano.

Harrison se mantuvo en silencio unos cuantos segundos.

—Eso sería monstruoso, míster Kiley —afirmó, aunque él también tenía ese presentimiento desde que momentos antes le viera tan abstraído.

—Monstruoso pero no menos cierto, teniente Harrison.

Dirigió una mirada a las dos mujeres, y luego, sin decir palabra, salió a la calle. Una hora más tarde, Harrison le encontró fumando sentado sobre uno de los guardabarros del «Dodge».

Sabía lo que estaba pensando. Algo sumamente doloroso. Lo que pensaba él también.

No, no deseaba encontrarse en aquellos momentos en el pellejo de Dan Kiley.

Palpándose el bolsillo donde llevaba el sobre, sabiendo que aquello era dinamita pura para el que lo llevara, fuera el que fuese, Harrison penetró en el automóvil.

Hicieron el trayecto hasta Nueva York en el más completo silencio. Kiley abandonó el «Dodge» en la Quinta Avenida. Sólo se detuvo para contestar a la pregunta de Harrison.

—No lo sé, pero puede llamarme esta noche, sobre las ocho, a ese apartamento al que usted aludió hace poco.

Harrison sabía que se trataba del domicilio de Betty Morgan. Asintió, pues, con un movimiento de cabeza y el auto-patrulla se perdió prontamente entre el intenso tráfico.

CAPÍTULO XIV

Necesitaba pensar.

Más que esto, anudar cabos.

El hallazgo del sobre en la leñera de la quinta había abierto para él insospechadas y dolorosas posibilidades. Estaba sospechando, y más que sospechar, tenía la certeza de que su propio hermano se hallaba complicado en todo aquello.

Él había sido quien le quitó el sobre del cajón de la mesa-despacho. Lo escondió en la leñera. Le mataron por eso, porque se negó a decir dónde estaba, esperando ganar con ello un buen montón de dólares.

Callowan lo sospechó a su vez, o le había visto con el sobre. Esperó un par de días para ir a buscarlo. Pero el asesino había sido listo y le liquidó.

Desde luego, era una bonita historia, pero tenía sus fallos.

Como por ejemplo: ¿su hermano había sentido la tentación de apoderarse del sobre en el momento en que le vio y él, sin sospechar, le puso en antecedentes de lo que contenía, o ya hacía tiempo que estaba en contacto con los traficantes de narcóticos?

Una pregunta que no tenía respuesta por el momento.

Como tampoco aquella otra. O mejor dicho, aquellas otras:

Callowan, ¿pertenecía a alguna banda, a la de Murdock, con anterioridad a aquellos sucesos, o simplemente había sido fuertemente sobornado para que tratara de averiguar dónde estaba el sobre desaparecido, y luego le habían matado para que no pudiera decir lo que sabía?

Preguntas. Muchas preguntas sin respuesta alguna.

El único que podía dar detalles era el asesino. Más que éste, el hombre que le manejaba a su antojo, mediante unos billetes de los grandes.

Kiley siguió pensando mientras daba la dirección de Rivero al

taxista, que le conducía camino de Madison Avenue.

Entró en el bar. La pelirroja, la chica de Murdock, estaba allí... Sonrió al verle, sin recato alguno, abandonó el alto taburete donde se sentaba, con un revuelo de encajes, falda corta y hermosas piernas y fue hacia él.

—Hola, fisgón —dijo por todo saludo—. Volvemos a vernos.

La palabra no podía ser un insulto porque ella estaba sonriendo de manera encantadora.

—Hola, pelirroja —respondió Kiley, pero con frío acento—. ¿Qué haces aquí? Tu puesto está con Murdock, ¿no?

Ella rió, un poco forzosamente.

—Vengo con alguna frecuencia, míster Kiley —replicó—. Rivero es un buen amigo de mi hombre. Todo lo contrario que usted, ¿verdad?

Rivero, que desde que vio entrar a Kiley había entornado los ojos, se acercó a ella.

—Será mejor que cierres el pico, ricura.

—¿Por qué? ¿No estoy diciendo la verdad?

—Eso es cuenta mía, encanto. Por tanto, ciérralo o...

Ella se engalló.

—¿Y quién diablos eres tú, bastardo, para decirme lo que tengo que hacer? Eres un simple asalariado de mi hombre, ¿entiendes?

Rivero hizo intención de abandonar el mostrador. Kiley le atajó con un gesto.

—Deja a la chica, Rivero —dijo—. En nada puede perjudicarte que le dé más o menos al pico. Voy a detener a ese asesino, Rivero. Lo haré esta noche.

Pero lo que no le dijo es que, tanto él como los demás, como todos los que se dedicaban al tráfico ilegal de estupefacientes, irían a la cárcel en el mejor de los casos.

Rivero le miraba interesado. Preguntó:

—Entonces, ¿ya no le hacen falta mis informes?

—¿Sobre los posibles acompañantes masculinos de la que en vida se llamó Ethel Lorrigan? No, Rivero, ya no me hacen falta. Sé todo lo que quería sobre este asunto —miró a la pelirroja—. Voy a darte un consejo, ricura —dijo—. Lárgate cuanto antes del lado de Murdock y harás bien. No sé si tienes algo que ver con alguna de las cosas sucias a que se dedica, pero tanto si es así como si no, vete.

Chicago, por ejemplo, puede ser terreno abonado para ti. Pero no de esta clase, ¿sabes? Más tarde o más temprano se cae.

Kiley miró el reloj pensando en Betty, mientras ella daba la respuesta:

—¿Por qué me da ese consejo, míster Kiley? —preguntó.

—No lo sé, encanto. Pero será mejor que me hagas caso antes de que me arrepienta.

Eran las seis de la tarde. Al consultar el reloj, Kiley se acordó de que no había comido en todo el día. Miró a Rivero y sonrió al parecer divertido.

—Será mejor que me sirvas un bocadillo y una jarra de cerveza, Rivero. Pero procura que no esté envenenado.

Rivero se dispuso a servirle lo pedido después de dirigirle una mirada malévola que Kiley simuló no advertir. Sin hacer caso de la pelirroja, se dispuso a tomar aquel ligero refrigerio.

Pensando de nuevo en Betty. En aquella mujer que tenía todo lo de Marilyn Monroe menos su pelo y sus ojos.

Suspiró.

Una mujer como aquélla. Y era suya. ¡Las vueltas que da el mundo!

Terminaba el bocadillo y la cerveza cuando miró de nuevo el reloj. Las seis y treinta minutos. Kiley abonó el importe y descendió del taburete. Dedicó de pasada una sonrisa a la pelirroja y salió a la calle.

Camino de la cercana Madison Avenue, Kiley recordó de nuevo a Betty. No tardaría mucho en salir de la oficina. Pensándolo se preguntó cómo le recibiría ella después del rapapolvo que indudablemente le habría dado Heston a raíz de su visita de aquella mañana.

Y allí fue donde Kiley cometió la equivocación. Una equivocación que muy bien podía costar otra vida. Él había tendido un cebo, pero sin sospechar siquiera que las cosas empezaran a desarrollarse de tan rápida manera.

Había un bar cerca de la oficina. Kiley se colocó en la puerta, sin parar mientes en los dos hombres que había dentro de aquel «Alfa Romeo» color crema.

Pero de mirar casualmente hacia el automóvil, al reconocerles, su tranquilidad se hubiera disipado como el humo.

No lo sabía, no lo sospechó tampoco. Por tanto, permaneció allí a la espera. A las siete y cuarto empezó a impacientarse, y a las siete y media abandonó el lugar de observación y fue a la portería.

El uniformado portero contestó correctamente a sus preguntas.

—¿No ha venido esta tarde *miss* Morgan? —preguntó.

—No. *Miss* Morgan ya no vendrá más. Salió antes del mediodía. Me aseguró que la habían despedido.

Kiley estuvo a punto de soltar un respingo, pero se contuvo. ¡Al mediodía! ¡Cielos! Aquel cerdo había cumplido su amenaza.

¿Demasiado tarde tal vez?

Si era así, él nunca se lo perdonaría.

Miró al portero.

—¿Está en su despacho *míster* Heston? —preguntó.

Sabía la respuesta que le iba a dar antes de formularla.

—No, *míster* Heston no está. Ha salido hace cosa de veinte minutos.

El corazón se le subió a la boca.

—¿Solo?

Indudablemente el portero no sabía quién era él.

Le miró dubitativo antes de preguntar:

—¿Se puede saber a qué vienen todas esas preguntas?

Kiley se metió una mano en el bolsillo. Luego mostró una placa y los ojos del portero se agrandaron por el estupor.

—Yo... yo... no sabía, *míster* Kiley —y agregó aprisa como si temiera alguna represalia de él, si no se decidía a hablar pronto—. No, no iba solo. Le acompañaba *míster* Gale. ¿Ocurre algo malo, *míster* Kiley?

Esta última pregunta fue formulada al ver la expresión del rostro del joven.

Kiley la pasó por alto y preguntó a su vez:

—¿En taxi?

—No, *míster* Kiley. En un «Alfa Romeo» color crema.

Y acto seguido dio la matrícula del automóvil.

Kiley le dirigió una rápida mirada de agradecimiento y luego dio media vuelta. Penetró en el bar de al lado lo mismo que una tromba y alcanzó del mismo modo la cabina telefónica.

Discó, y cuando oyó la voz al otro lado de la línea, empezó a dar órdenes con voz tajante.

Cuando abandonó la cabina para salir a la calle, la descripción del «Alfa Romeo», su matrícula, y también la descripción de Gale y Heston, surcaba el éter en todas direcciones.

Kiley corrió hacia donde tenía aparcado el «Cadillac». Pero antes se cruzó con un taxi libre y le detuvo. Subió, dio la dirección metiéndole al taxista la placa por las narices y dijo:

—¡Volando! ¡Es cuestión de vida o muerte!

El taxista rezongó algo entre dientes contra las costumbres de la policía, pero arrancó a toda marcha.

El zumbido del motor parecía decir a los oídos de Kiley una y otra vez:

«Demasiado tarde... Demasiado tarde... Demasiado tarde...».

Así una y otra vez. Muchas veces, hasta que inopinadamente, se dio cuenta que el automóvil se había detenido y que el taxista le estaba hablando.

—Hemos llegado, señor.

Kiley metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un arrugado billete mientras con la otra abría la portezuela, lo alargó al taxista y salió del vehículo sin esperar el cambio.

Detrás de él dejó a un hombre que se hacía cruces sobre su generosa propina, pensando que si todos los «polis» fueran como aquél, valía la pena ser taxista.

Se hallaba frente a la puerta de la casa donde vivía Betty. La calle estaba solitaria a aquellas horas, salvo de vez en cuando que pasaba algún que otro vehículo.

Kiley trasladó la «*Parabellum*» de la funda de la axila al bolsillo de la chaqueta y se acercó a la puerta de la calle. La abrió por el procedimiento «ganzúa», y luego la volvió a dejar como estaba.

No utilizó el ascensor. Empezó a subir rápidamente por la oscura escalera sin querer tampoco utilizar la luz automática.

Subió el primero, el segundo, el tercero y cuarto tramo, y no llegó más lejos. Repentinamente las luces de la escalera se encendieron. Kiley creyó oír la puerta de un apartamento cuando alguien la cerró con llave.

Se acercó al hueco del ascensor llevando ya el arma en la mano, y escuchó.

¡Demasiado tarde!

Se maldijo entre dientes cuando este pensamiento le martilleó el

cerebro como una maza.

Siguió escuchando, apartándolo de su mente mediante un poderoso esfuerzo. Al pronto no oyó nada. Pero luego sí. Por el hueco del ascensor le llegó un sordo rumor. Luego unas frases que no entendió y, finalmente, una pregunta:

—¿Utilizamos el ascensor?

Kiley se dispuso a bajar rápidamente; pero no tuvo necesidad de hacerlo. La voz de Heston replicó:

—La bajaremos por la escalera. Procura no hacer mucho ruido, Horacio.

«La bajaremos por la escalera».

Estas palabras sonaron en los oídos de Kiley como música celestial. Eso quería decir que Betty aún vivía.

Se apartó del hueco del ascensor y, lentamente, empezó a subir, pegado a la pared. La luz se apagó. Por unos segundos Kiley permaneció completamente inmóvil, y luego continuó subiendo.

La luz volvió a lucir.

Un minuto.

O tal vez dos.

¿Qué ocurriría si se apagaba cuando estuvieran frente a frente y con Betty en poder de ellos?

Sacudió la cabeza. ¿Para qué pensar?

Continuó subiendo. Un escalón, dos, tres, cuatro... y repentinamente les vio.

Horacio Gale bajaba en primer lugar. Detrás de él, Heston con Betty. Al verla, Kiley sintió veneno en las venas, mientras el deseo de matar se apoderaba de él zarandeándole como víctima de un huracán.

Betty, con las manos atadas a su espalda. En sus ojos había un intenso terror. Llevaba también un pañuelo en la boca a guisa de mordaza, y en su rostro las suficientes moraduras como para que Kiley sintiera el deseo insano de asesinar a sangre fría.

Se vieron al mismo tiempo.

Gale profirió una exclamación y levantó la mano armada. Kiley hizo fuego al través de la chaqueta, y luego saltó hacia un recodo de la escalera.

Allá arriba, Gale vaciló sobre sus piernas mientras en su pecho, a la altura del corazón, una mancha de sangre se iba agrandando

rápida­mente. Soltó la «Colt» calibre .38, que golpeó duramente los escalones, para luego, saltando de uno en uno, ir a parar a los mismos pies de Kiley. Luego cayó él de cabeza y quedó cruzado en el rellano.

Betty se debatía ahora en los brazos de Heston. En los ojos de este lucía una luz demoníaca mientras la obligaba a ir descendiendo, escudándose en ella.

Kiley pensaba.

Y sus pensamientos tomaron forma en las palabras de Heston, ya que éste dijo lo que estaba esperando desde que logró derribar a Gale:

—Tire el arma y salga de ahí, míster Kiley. ¡Tírela o mato a la chica!

Kiley suspiró. Dio un paso saliendo del recodo, y en aquel momento el automático de la escalera, cumplida la misión que tenía asignada, apagó la luz.

Kiley se lanzó al suelo rápido como un relámpago. Fue a tiempo. Heston, siempre amparado detrás del hermoso cuerpo de Betty, disparó por dos veces. Kiley vio con entera claridad los fogonazos, pero no disparó. No podía hacerlo si no quería matar también a Betty.

Kiley apuntó por encima de las cabezas de ellos e hizo fuego un par de veces. Los estampidos de la «*Parabellum*» seme­jaron cañonazos. Rápido como una centella, Heston disparó de nuevo, pero Kiley ya no se encontraba en el mismo lugar.

—Mataré a la chica si no se está quieto, Kiley. La mataré si vuelve a disparar.

No contestó.

Allá arriba se abrió una puerta. Kiley se dio cuenta de que en aquella parte la escalera no estaba tan oscura. Alguien preguntó algo con voz excitada.

Luego se abrió otra puerta y otra. Kiley se preparó, intuyendo lo que iba a ocurrir a continuación.

No se equivocó, ya que repentinamente la escalera quedó iluminada de nuevo.

Heston estaba casi al descubierto, sacando medio cuerpo fuera del amparo del de Betty. Intentó ocultarse, pero Kiley no le dio tiempo. Disparó fríamente un par de veces.

El arma que Heston sostenía en la mano voló de ella como impulsada por un vendaval. El segundo le alcanzó en el hombro y le lanzó hacia atrás contra la pared.

Cayó deslizándose por ella hasta quedar sentado en el suelo. Betty rodó por la escalera y se detuvo en el rellano. Miró a Kiley, que empezaba a subir mientras las puertas seguían abriéndose y los cuchicheos de los vecinos se hacían cada vez mayores.

Alguien debía haber quitado el automático porque la luz no se apagaba.

Kiley no se dio cuenta de esto, ni de Betty, que forcejeaba para librarse de sus ligaduras, sin conseguirlo.

Para él sólo existía aquel hombre, caído a sus pies, que ahora, pálido como un cadáver intentaba contener la sangre que le brotaba del hombro derecho donde la pesada bala de la «*Parabellum*» había hecho carne.

Heston levantó los ojos para mirarle. Kiley vio en ellos el odio más profundo hacia él.

—¡Maldito polizonte! ¿Cómo averiguó esto?

Kiley rió sin ganas.

—Empecé a sospechar de usted cuando alguien me dijo que Horacio Gale era su amigo, y al negocio que se dedicaba. Pero no tenía prueba alguna, estúpido. Si no hubiera sido por esto...

—Sí... ahora me doy cuenta que me tendió una trampa con Betty. Pero... ¡mi nombre estaba en esa lista! ¿O no lo sabía, míster Kiley? Graham no pudo dejarme atrás, así como tampoco a Murdock, Rivero y a unos cuantos más —calló y el odio que reflejaba su mirada se intensificó—. Anda, Kiley, llame a la policía, o si lo prefiere a su departamento; al Departamento de Narcóticos. ¡Llámele, que usted caerá conmigo! Voy a hundirle, Kiley. Voy a hundir su carrera. ¿O no sabe quién nos facilitó el informe de que usted llegaba a Chicago con esas listas?

Kiley no replicó. Prefirió hacer otra pregunta:

—¿Por qué intentaba matar a Betty?

—¿No lo sabe? Le creí más listo, sabueso. Me engañó, Kiley. Fue muy listo al decirme que ella había hablado con usted. Luego yo... cometí una torpeza. Hablé con ella sobre unos libros, imaginarios, que nada tiene de ello ya que son reales. Comprendí que su chica lo sospechó en el acto. Sospechó que yo con aquellas palabras

encubría la verdad. Tenía que despacharla.

Kiley no replicó. Se volvió hacia donde yacía Betty, y entonces se dio cuenta de que estaban rodeados por muchos silenciosos curiosos.

Sin hacer caso de nada se inclinó para desatarla.

Allá fuera, en la calle, se oía el ulular de la sirena de la policía.

CAPÍTULO XV

Todo había terminado.

¿Todo?

Posiblemente. Pero aún había que atar algunos cabos.

Desde luego, Murdock, Rivero, alguna que otra mujer y un buen montón de «gangsters» habían sido borrados del censo de habitantes de Nueva York, gracias a las declaraciones de Heston y de aquellos papeles encerrados en un sobre color azul, lacrado y dirigido al Departamento de Narcóticos del

F. B. I.

Un sobre que llevaba, entre otras, las huellas digitales de Jimmy Kiley. Un hombre que significaba un horrendo baldón para una familia como la de los Kiley.

Y sobre todo, un baldón para su propio hermano, el inspector Dan Kiley del Departamento de Narcóticos, segundo jefe de la plantilla de Nueva York.

Un hombre que esperaba a que el viejo Al Evanz se jubilara de su cargo para ocuparlo él, según noticias fidedignas, pero no oficiales, de Washington.

Las declaraciones de Heston, cuando se refirió al hermano del inspector, fueron tal y como había prometido que serían cuando Dan Kiley le hirió en la escalera donde Betty Morgan tenía su apartamento.

Echó sobre el apellido Kiley todo el odio y el lodo que almacenaba su alma vil y cobarde. Días después, condenado, fue a parar a la silla eléctrica, juntamente con Murdock y Rivero.

La única, o una de las únicas mujeres que se salvaron del desastre, fue la pelirroja amiga del «gangster». Ella se retiró a tiempo, yéndose de Nueva York mientras la Metropolitana, al mando del teniente Harrison de la Brigada de Homicidios, conjuntamente con el

F. B. I.,
iban a detener a éste.

Claro que hubieran podido detenerla, pero Kiley ni siquiera habló de ella durante las declaraciones que hizo en el Palacio de Justicia.

Hoy, una semana después de aquellos sucesos, la quinta de la carretera veintiuno parecía silenciosa y desierta. Pero no era así.

Kiley estaba dentro.

Con él, Betty y el teniente Harrison, ahora inspector Harrison. Aquella redada le había valido el ascenso.

Betty, que había dicho que no quería perderse el final. Pero lo que no quería perderse era otra cosa, según adivinaba Harrison.

Por eso estaba allí, sentada en uno, de los amplios y cómodos butacones del bien iluminado «*hall*», al lado de Kiley, y teniendo frente a ellos, sentado del mismo modo, a Harrison.

Los tres estaban fumando, en silencio. Mirándose unos a otros, al parecer con miedo de expresar lo que pensaban, o miedo a las explicaciones.

Betty empezó a moverse nerviosamente en el butacón. Kiley volvió los ojos hacia ella y preguntó:

—Deseas saberlo todo, ¿verdad?

—Sí. Pero calla si no te apetece hablar. Sé que te resultará doloroso.

Kiley hizo una mueca. Miró a Harrison, expelió el humo del cigarrillo por la nariz y boca y replicó:

—La cosa para mí empezó días antes de mi ida a Chicago. Sabía a lo que me mandaban. Yo... yo no llegué nunca a sospechar de mi hermano. Nunca supuse que él fuera uno de los miembros más activos de la banda de Heston. Por tanto, nada tiene de extraño que yo confiara en él, hasta el punto de que en más de una ocasión le hice confidente mío.

»Sí, Betty; cuando marché a Chicago le dije a lo que iba, y lo que esperaba conseguir con ello. No dudó en dar lo que se llama el “chivatazo”. Mientras la gente del hampa esperaba mi regreso, Betty, el Departamento de Narcóticos de Chicago envió a Nueva York a uno de los mejores agentes especiales. A Dick Martel. Éste trabó amistad con la explosiva Ethel Lorrigan, tal vez bajo otra personalidad más en consonancia con lo que le traía aquí.

»Supongo que Heston dijo la verdad cuando durante el juicio explicó que Martel empezó a sospechar de él al saber el negocio a que se dedicaba, y, como consecuencia, de ti también, ya que eras su secretaria. Fue a tu apartamento para registrarlo, cuando ya había sido descubierto por la propia Ethel. Horacio Gale le mató allí con ánimo de comprometerte por si llegaba el caso de que tuviera que utilizarte para algo.

»Y, cosa curiosa, Betty; a Ethel la mataron precisamente por culpa tuya —ante la mirada de sorpresa de ella Kiley añadió—: Ethel tenía la orden de presentarse en mi casa y solicitar la plaza de doncella. Pero a ella no le gustó la idea, y, obrando por su cuenta, te mandó a ti, haciéndote un pequeño chantaje. Supongo que también te amenazó con entregar a la policía la automática que mató a Martel. Fracasaste tú, y, contigo Ethel. La asesinaron porque Heston era el más interesado en que esos papeles no fueran al Departamento de Narcóticos. Sí —añadió después de una corta pausa—, se comportaron todos como unos imbéciles. Llevados del miedo cometieron una serie de crímenes para apoderarse de algo que a la larga no les hubiera servido de nada ya que en Chicago existen, como cosa lógica, copias de esos documentos».

Kiley calló. Empezó a fumar en silencio. Betty, entretanto, se movía inquieta en la silla mientras Harrison permanecía callado y con la mirada fija en el techo.

Al fin, después de unos minutos, Betty se atrevió a formular aquella pregunta.

—Si estaba con ellos, ¿por qué mataron a tu hermano, Dan?

Kiley siguió fumando durante algunos minutos más. Y cuando Betty creía que su pregunta iba a quedar sin respuesta replicó:

—Por culpa de Murdock, y por intentar obrar por su cuenta. Murdock sabía también lo de aquellos papeles, aunque ignoro cómo logró averiguarlo. Lo cierto es que se puso en contacto con mi hermano mucho antes de que éste se apoderara del sobre.

»La oferta era tan tentadora que ideó traicionar a Heston. Horacio Gale le vio entrar en el “Metropolitan” y le siguió. Se extrañó al no verle en la sala y entró en sospechas. Cuando yo llegué, vino a verle y le mató, ya que Jim se negó a darle el sobre diciendo que no lo tenía.

Otro nuevo silencio, y la encantadora, explosiva y sin par, pero

curiosa Betty, preguntó de nuevo:

—Y Callowan, ¿por qué murió, Dan?

—Por algo que no puedes ni sospechar siquiera, Betty —repuso él—. Callowan bajó aquella mañana a la leñera más temprano que de costumbre. Gale, aprovechando mi ausencia, fue a registrar la casa a pesar de que en ella estaban Cora y los Callowan. Mi ayuda de cámara le sorprendió, como quien dice con las manos en la masa, y no tuvo más remedio que matarle. ¿Algo más, Betty?

—No, Dan —contestó ella—. Es decir, sí. Que yo me quedo sin un «Alfa Romeo» color crema.

Kiley no dijo nada, mientras Harrison enseñaba sus dientes al sonreír. Luego se puso en pie tendiéndole la mano a Kiley.

—Siento que solicitara la dimisión del

F. B. I.,

míster Kiley —dijo—. Y gracias por esta magnífica velada.

Se volvió hacia Betty y la saludó también. Después, ambos le acompañaron a la puerta.

Quedaron solos. Y retrocedieron hacia el interior de la casona.

De nuevo en el «*hall*», con un vaso de *whisky* cada uno, Kiley la miró entre serio y burlón.

—Creo que no voy a tener más remedio que hacerte el gran favor de casarme contigo, Betty.

Los ojos de ella llamearon.

—Pero... Pero ¿quién diablos eres tú? ¡Qué favor ni qué... porras! Eres... eres un...

—Claro que —atajó él— tendrás que cargar con lo que venga detrás de mí. Pongamos un «Alfa Romeo» azul, y un abrigo de visón para el invierno.

Toda la furia de ella se esfumó en un segundo.

—¡Oh, Dan! ¡Eres encantador!

Eso lo dijo un momento antes de echarle los brazos al cuello y besarle en los labios.

¡Mujeres!

Pero ella era única. Como Marilyn Monroe. Menos en el pelo y en los ojos.

Kiley lo pensó mientras la abarcaba por la cintura para corresponder a la caricia.

FIN

A. Rolcest
LA CUEVA DE LOS MUERTOS

Un libro que
usted leerá
por lo menos
dos veces.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCIÓN HISTORIAS

Libros clásicos
del mundo
juvenil



precio:
30 ptas.

250 ilustraciones en
cada volumen.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¿Quién es **bob morane?**



FICHA

Nombre y apellidos: BOB MORANE

Edad: Menos de 30 años.

Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden)

Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo

Estatura: Alto

Complexión: Atlético.

Cabello: Rubio, muy corto.

Ojos: Azules acero.

Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.



COLECCION

marabú

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



CRIMEN S. R.

211 crímenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una horrendad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGÍA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestra época

EL MEN

Anécdotas de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MAFIA

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

**CIRCULO
ROJO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
756 — Corín Tellado
AVENTURERA

COLEC. "MADREPERLA"
492 — María Carmen Rey
MAS FUERTE QUE
EL ODO

COLECCION "ROSAURA"
636 — Marisa Villardefrancos
EL AMOR EN LA ARENA

COLECCION "AMAPOLA"
523 — M.^a Esperanza Neyra
NO PUEDO VOLVER A TI

COLECCION "ALONDRA"
457 — María Teresa Sesé
SINCERIDAD

COLECCION "CAMELIA"
398 — Carlos de Santander
LA DEUDA DE MARIANNE

COLECCION "CORAL"
61 — Corín Tellado
LA COLEGIALA

COLECCION "CORAL"
62 — Corín Tellado
YIRA

COLECCION "BISONTE"
727 — A. Rolcest
EL RIFLE FANTASMA

Col. "SERVICIO SECRETO"
601 — Joe Mogar
MUERTE PARA UNA
DAMISELA

COLECCION "BUFALO"
434 — Keith Luger
LA HIJA DEL SENADOR

COLECCION "TEXAS"
302 — M. Lafuente Estefanía
MUERTOS POR AMBICION

COLECCION "CALIFORNIA"
281 — M. Lafuente Estefanía
CUADRILLA DE
PISTOLEROS

COLECCION "COLORADO"
226 — M. Lafuente Estefanía
ORIFICIOS DE MUERTE

COLECCION "KANSAS"
192 — Alf. Regaldie
LA MUERTE SIGUIO
SU RUTA

Col. "HEROES DEL OESTE"
174 — M. Lafuente Estefanía
EL MISTERIO DE LAS
LLANURAS

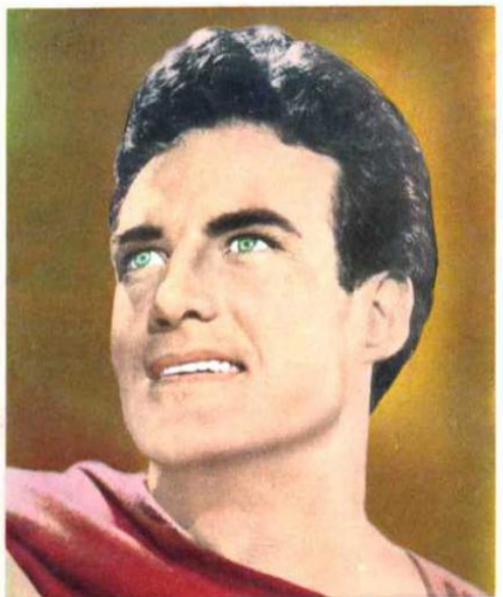
COL. "ASES DEL OESTE"
144 — Orland Garr
FALSA ACUSACION

COLEC. "BRAVO OESTE"
56 — Joe Sheridan
UNA MUJER DECIDIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



N.º 1459

Steve Reeves

Este "musculoso" actor norteamericano alcanzó gran popularidad al ser elegido "Mister Universo", cuyo título le valió su entrada en el cine. Todas sus películas han sido realizadas por firmas italianas, entre ellas destaca: "Hércules".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MOYA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España * Printed in Spain

